

# El conflicto de la memoria histórica en Japón: un estudio a través del Partido Liberal Democrático

Trabajo Final de Máster (Universidad de Granada),  
tutorizado por el profesor Antonio Ortega Santos

## Introducción

Si consideramos que es en nuestra época en la que “el pasado ha cobrado un protagonismo sin precedentes” (Baer, 131), podremos comprender las razones por las que la memoria histórica, cuestión central en torno a la que se va a reflexionar en el presente trabajo, se trata de un concepto relativamente reciente en el marco de las Humanidades y las Ciencias Sociales. De acuerdo a la académica María García Alonso, podríamos definir las claves de esta categoría afirmando que “es una reflexión colectiva sobre el pasado que busca en él las raíces de la situación que se vive en el presente” (García Alonso, 4). La misma autora explicará, incluso, que el nacimiento del concepto vendría motivado esencialmente por los testimonios y declaraciones de las víctimas que, de forma directa, han vivido las consecuencias de los diversos conflictos que han sacudido el siglo XX: tómese como ejemplo el caso del Holocausto, de innegable relevancia en la actualidad, o las vivencias de los represaliados de los cuarenta años de dictadura franquista, período que todavía suscita encontrados debates en nuestro país.

Así pues, mediante el prisma de la memoria histórica uno puede analizar los criterios y percepciones que mantienen sobre el pasado los colectivos que pudieran sentirse excluidos, por diversas razones, de la historiografía tenida por oficial. Los recuerdos de dichos grupos serán denominados “memoria colectiva” y existen de manera plural (Halbwachs, 216), manteniendo, en no pocas ocasiones, una relación conflictiva entre sí. Desde aquí, señalaremos el ejemplo de la pugna que enfrenta a esta clase de memoria, contrahegemónica, con la versión del pasado que viene dada por los llamados “gestores de la memoria”: es decir, “las instituciones, grupos o individuos cuya interpretación es considerada como un referente para la comunidad” (García Alonso, 6). Entre estos gestores, cabe destacar, por un lado, a los propios académicos o profesionales de la Historia, dado que esta “forma parte de los mecanismos de reproducción cultural llamados a prestar servicios de legitimación y respaldo a las órdenes sociales vigentes” (Zamora, 520) y su misma reproducción requiere la selección, descripción y elusión de hechos determinados, que se muestran de manera esquemática

Blas López Rodríguez

Graduado en Estudios de Asia y África (itinerario japonés), Universidad Autónoma de Madrid; Máster en Estudios de Asia Oriental, Universidad de Granada; cursando Doctorado en Historia Contemporánea, Universidad Complutense de Madrid.

Interesado en el análisis de las políticas de la memoria, especialmente en el caso japonés, alemán y español.

y concisa, de acuerdo a un parámetro de mayor o menor intencionalidad. Por otro lado, las propias instituciones políticas y sus representantes tienen la facultad de asumir ese control sobre la memoria, pudiendo negar la pluralidad de las mismas y fomentar el olvido de determinados factores como un influyente agente de cohesión, con el cual se ubica a la mayoría social bajo el paraguas de un proyecto nacional (Delgado-Algarra, *Memoria histórica y olvido*, 120) de carácter homogeneizador. No resultaría ingenuo afirmar que esta negación o minusvaloración del grado de importancia inherente a los grupos que se distancian de la memoria oficial contribuye a mantener la sensación de que las heridas del trauma connivente a determinados episodios históricos no han terminado de cicatrizar y que, en añadido, se contraponen a la senda de democratización que debiera darse en los estudios del pasado, donde las diferentes voces no entraran en conflicto bajo una correlación de fuerzas asimétrica, pues, sencillamente, el margen de maniobrabilidad y de influencia de los agentes institucionales, como los Gobiernos, supera enormemente al de las víctimas.

Tomando en consideración lo anteriormente descrito, enfoquémonos ahora en la relación que enlaza la memoria y la historia en el caso japonés, que será el estudiado en este proyecto. El debate en torno a la Memoria Histórica en el Japón contemporáneo se reavivó intensamente a partir de la década de los 90, y, sin duda, el período histórico de carácter más conflictivo en la actualidad del país es el contexto de la Guerra del Pacífico (1931-1945)<sup>1</sup>, en donde toman lugar todas las acciones que fueron ejecutadas por el ejército imperial japonés en los diferentes terrenos ocupados, como China, país en donde se manifestaron atrocidades como las de las “mujeres de consuelo”, la Masacre de Nankín (finales de 1937) o los experimentos biológicos de la Unidad 731, todos ellos marcadamente presentes en el imaginario de Asia Oriental, hasta el punto de que se producen periódicas escaladas en torno a la memoria histórica entre Japón y sus vecinos (Selden, 459). Uno de los actores que se posicionan en este debate, de vigorosa actualidad, es el Gobierno japonés, en tanto que podríamos calificarlo de ser el principal arquitecto de un tipo de memoria, hegemónica en el plano institucional y caracterizada, a mi juicio, por suavizar la magnitud de los crímenes de guerra y negar la excepcionalidad de fenómenos como el de la Masacre de Nankín, tanto en el plano de la praxis política de los diferentes Gabinetes (control de los libros de texto por el Ministerio de Educación, visita de lugares de memoria conflictivos como el Santuario de Yasukuni...) como por parte de las declaraciones y el tipo de discurso mantenido por figuras públicas enlazadas con el oficialismo: es por ello que considero interesante enfocarlo como objeto de estudio.

A pesar de que es cierto que dentro de esta tendencia general, han existido vaivenes y contradicciones que se han dado en escenarios puntuales, pienso que en lugar de una memoria crítica, generalmente desde el plano institucional se ha pretendido impulsar el concepto de “crecimiento económico” (*kōdō seichō*, 高度成長) como eje fundamental de la identidad nacional, para así “virar hacia la hegemonía de una perspectiva histórica socialmente conservadora” (Gluck, 65). Prueba de ello reside en el hecho de que el Partido Liberal Democrático (PLD) o, en japonés, Jiyū-Minshutō, 自由民主党 (acotado como Jimintō, 自民党), cuyo origen se remonta a 1955 por la unión de diferentes facciones conservadoras y moderadas, ha gobernado el país de manera prácticamente ininterrumpida desde la posguerra y, en añadido, ha desarrollado profundos vínculos con la burocracia y las grandes corporaciones (Hayes, 74). Entonces, a sabiendas de que el conflicto de la memoria histórica en Japón abarca tal magnitud y afecta a una variedad de regiones históricamente colonizadas por el archipiélago, es preciso acotar el tema de la investigación. Mi propuesta aboga por enlazar el estudio de la relación existente entre la

1 Con “Guerra del Pacífico” (1931-1945) nos referimos al período de participación de Japón en la Segunda Guerra Mundial. Se sigue el criterio del historiador Ienaga Saburo, para el que la invasión de Manchuria debiera marcarse como punto de inicio de esta división cronológica.

memoria con el que es el partido más representativo del régimen de la posguerra japonesa, el PLD. Se pretenderá demostrar qué nos puede decir el estudio de esta formación política acerca de las características de la memoria oficial y selectiva construida desde el Gobierno japonés, así como las polémicas que estas posturas encienden a nivel geopolítico con China y las diferencias principales que emergen entre los representantes políticos y los críticos de su forma de percibir el pasado. Para ello, dentro de los distintos gobiernos del Partido Liberal Democrático, nos centraremos en el gabinete constituido desde el año 2012, presidido por el Primer Ministro Abe Shinzō, 安倍晋三<sup>2</sup>, aún en el cargo. La llegada al poder del gobierno de Abe ha suscitado variadas reacciones, no solo porque su retórica conservadora acerca del pasado queda reflejada en una obra de su propia autoría, *Utsukushii kuni e*, 美しい国へ (Hacia un bello Japón), sino también porque, más allá de las ideas personales del Primer Ministro, una gran mayoría de miembros del Gabinete están adscritos a la organización ultranacionalista Nippon Kaigi, 日本会議 (Conferencia de Japón).

Con el fin de llegar a las conclusiones que nos lleven a obtener los resultados deseados acerca del gobierno de Abe y su relación con el conflicto de la memoria histórica, se seguirá la siguiente metodología:

Para comenzar, más allá de esta sección de Introducción, donde se ha planteado la cuestión sobre la que se indagará y los objetivos de la investigación entre otros aspectos, vamos a contar con una sección de Antecedentes, en la que realizaremos un ejercicio de contextualización para ilustrar al lector acerca del rol desempeñado por la armada japonesa en la Guerra del Pacífico (1931-1945). Principalmente nos centraremos en los escenarios de la Invasión de Manchuria y la Masacre de Nankín, sin desmerecer una resumida descripción de las características esenciales de la era Meiji (1868-1912), donde Japón comenzó a embarcarse en el proyecto imperialista y colonial a la usanza de las potencias europeas, marcando así el inicio del caldo de cultivo adecuado para la creciente influencia de los militares en el gobierno, que aumentó de manera paulatina hasta los años 30, momento en el cual alcanzan hegemonía sobre el Ejecutivo, de acuerdo a la mayoría de los historiadores (Beasley 262). A nivel de marco teórico para el presente apartado, utilizaremos textos historiográficos desarrollados por autores extranjeros o, de manera coherente con nuestro análisis, de académicos japoneses críticos con el papel de Japón durante la Guerra del Pacífico y partidarios del arrepentimiento colectivo, como es el caso de Ienaga Saburo, 家永三郎, o Yoshiaki Yoshimi, 吉見義明.

En la tercera parte del trabajo, se introducirán las bases para comprender la naturaleza del debate que se tiene en torno a la Memoria Histórica en Japón desde la posguerra hasta los años ochenta, a través de una breve exposición acerca de la disputa mantenida en torno al pasado por los historiadores progresistas y los defensores del *statu quo*, además de exponer fenómenos como la censura de los libros de texto de Historia por el Ministerio de Educación.

Al llegar a la cuarta parte, por otro lado, abogaremos por analizar el perfil propio de los años 90. Durante este contexto, el final de la Guerra Fría, resulta más asumible, dada la nueva lógica geopolítica, arrojar críticas internacionales hacia el relato oficial del gobierno japonés para con su pasado militarista, que cesa de ser una cuestión eminentemente interna. Ante las demandas del extranjero, el oficialismo reconocerá ciertos errores de aquel período, tal como en el caso de la declaración emitida por el secretario de gabinete Kōno Yōhei, 河野洋平, (PLD) en 1993 o

---

2 Para los nombres en japonés, hacemos uso del orden que es habitual en el idioma: primero, el apellido, y luego, el nombre propio.

las disculpas por los crímenes de guerra realizada por el Primer Ministro Murayama Tomiichi, 村山富市, (Partido Socialista Japonés) el año 1995: no obstante, a modo de reacción, emergerán en escena grupos ultranacionalistas y defensores de un enfoque histórico revisionista, tales como el ya mencionado Nippon Kaigi o la Atarashii Rekishi Kyōkasho o Tsukuru Kai, 新しい歴史教科書をつくる会 (Sociedad para la reforma de los libros de texto de Historia), las cuales, con su poder de influencia política, pretenderán frenar los tímidos avances dados a nivel institucional y recobrar una contra-narrativa opuesta a lo que, de acuerdo a ellos es “la historiografía masoquista”.

La quinta sección, titulada “El gobierno de Abe Shinzō y la memoria histórica” constituirá el corpus principal de la investigación. En ella, estudiaremos el gobierno electo en 2012 principalmente desde dos prismas: en primer lugar, analizando el trasfondo biográfico y el perfil del Primer Ministro, así como las características del Gabinete, y, tras esto, señalaremos declaraciones y medidas políticas que puedan tener alguna relación con la memoria histórica y el militarismo nipón (revisión del Artículo 9 y las visitas al Santuario Yasukuni, fundamentalmente) viendo en qué grado hay una coherencia entre el discurso y la praxis política. Por último, a raíz de lo expuesto, extraeremos las conclusiones pertinentes.

## Antecedentes históricos

### Las heridas del imperialismo: Japón, modernización y la Guerra del Pacífico (1931-1945)

Como dijimos previamente, comprender algunos hechos esenciales sucedidos en el devenir de la Era Meiji, etapa histórica en la que, a mi juicio, se comenzó a construir el andamiaje en dirección hacia campaña colonial y militarista que alcanzó su punto más significativo a partir de la década de los 30, es un proceso indispensable para contextualizar las razones que subyacen al candor militar de la Guerra del Pacífico. Con ello no se pretende desde aquí realizar un ejercicio de justificación de los hechos perpetrados por la Armada, sino más bien comprender las condiciones materiales en que se ampararon estos.

Lo primero que se ha de reseñar es que fue en Meiji donde se realizó el primer ensayo formal de un régimen de tipo democrático-liberal burgués en Japón. Al remitirnos al texto constitucional de 1889, norma jurídica superior sobre la que se construiría un Estado-nación altamente centralizado, advertimos que el Bushidō, 武士道, código ético de obligado cumplimiento para los componentes del grupo social de los samurái, se asentará como la fuente de legitimidad de una constitución vigorosamente influida por sus principios (Rodríguez Navarro y Serrano Muñoz, 630). Esto no sería de extrañar, dado que la Restauración fue dirigida por miembros de la susodicha clase social. Probablemente, uno de los aspectos en que más se vislumbró la influencia de la cultura de la clase guerrera fue en la preeminencia que adoptó la figura del Emperador como eje central del sistema Meiji, aún a pesar de que los propios dirigentes eliminaron ciertos privilegios conniventes a la clase samurái. En el plano institucional, por ejemplo, se concibió, a diferencia de otras constituciones europeas, que la soberanía dimanaba del monarca y los poderes del Estado, en lugar de la ciudadanía, la cual fue definida bajo la categoría “súbdito”: esto revela la filosofía con que se entendía el vínculo entre gobernantes y gobernados. Así mismo, tanto la Constitución de 1889 como el Edicto Imperial de 1890 establecían un modelo de país fuertemente centralizado, a la usanza prusiana, cuya política se basaba “en el concepto *shinto-confuciano* de un gran Estado-familia, y su razón última en el culto al Emperador, como dios y padre de todos los japoneses” (Rodríguez Navarro y Serrano Muñoz,

630). En esta senda de asimilación de las formas fundamentales europeas, también se conformó un sistema político marcadamente centralizador, bajo la dirección de Tokio: por poner un ejemplo material, Okinawa y Hokkaidô serían asimiladas definitivamente por el gobierno central japonés y convertidas en colonias durante la época (Hanazaki, 130), lo cual señaló la conquista de la hegemonía político-cultural por parte de la etnia japonesa, en detrimento de los modos de vida ainu o ryukyenses.

Con respecto al imperialismo y el colonialismo, entendiendo este último, de acuerdo a Maldonado, como una “relación política y económica en la cual la soberanía de un pueblo reside en el poder de otro pueblo o nación, lo que constituye a tal nación en un imperio” (ctd en Gómez, 35), cabe decir que la idea del dominio militar y financiero de una órbita de países centrales hacia los de la periferia, como una prueba fidedigna del grado de desarrollo de una nación, gozó de especial prestigio en aquella época, y Japón quiso adentrarse también en estos derroteros a través del uso de las armas. La extensión de la campaña militar y el afán de ejercer el poder colonial fue posible gracias a los espectaculares avances económicos que se alcanzaron en la economía japonesa, así como a las primeras victorias sobre el terreno, con las que se consiguió desplazar las influencias chinas y rusas de la península por los resultados favorables tanto de la I Guerra Sino-Japonesa (1894-1895) como de la Guerra Ruso- Japonesa (1904-1905). Este hecho no ha de pasarnos inadvertido, pues, además de la adquisición de territorios como Taiwán, finalmente cesaría la imagen que los japoneses tenían del gigante asiático como una gran potencia (Ienaga 6); por otro lado, el éxito sobre un imperio como el zarista estimuló la moral y convicción de la clase dirigente.

En materia de espiritualidad, algunas reformas acometidas durante la Era Meiji podrían asentarse como antecedentes del viraje que experimentó Japón a partir de los años 30: aunque es cierto que se decretó constitucionalmente la separación de las corrientes religiosas del Shinto y el Budismo, que de forma previa no se podían distinguir con facilidad por el carácter sincrético de la espiritualidad nipona, el Estado supervisó e impuso cierto control sobre la primera corriente, en la que encontró un molde adecuado para alimentar la mística nacional y recuperar el culto hacia la figura del monarca, que en la era Tokugawa apenas había ocupado un puesto simbólico. Al analizar, por ejemplo, la lista de *kami*, 神, impuestos a la veneración local en las distintas modalidades de templos oficiales, gubernamentales o estatales, probaremos que entre estas “deidades” se encuentran 12 emperadores y 13 emperatrices, varios de los cuales podrían definirse como “semilegendarios” (vv. aa., 248). Aún ciñiéndonos al asunto de relación entre la religión y Meiji, cabe mencionar que, tras las Guerras Bôshin (1868-1869), donde un bando de sublevados favorables a mantener el orden de Tokugawa se enfrentó a los partidarios de la nueva hegemonía del Emperador, fue construido el Tôkyô Shôkonsha, 東京招魂社, (1869), con el fin de honrar las almas de los caídos que sirvieron al bando vencedor, favorable a la figura del monarca. Ya en 1879, durante la Era Meiji, se cambió su nombre a “santuario de Yasukuni” (Yasukuni Jinja, 靖国神社), y el tipo de ceremonias que se oficiaban evolucionaron gradualmente: con ellas se pretendía honrar la heroicidad de los soldados del Japón Imperial, elevados al nivel de kami, entre los que se incluiría más adelante a quienes murieron en conflictos bélicos como la Guerra Sino-Japonesa, Ruso-Japonesa y, más adelante, a los que se vieron involucrados en los conflictos de la Invasión de Manchuria o a los que tuvieron lugar entre 1937 y 1945 (Delgado-Algarra y Estepa- Giménez, *El patrimonio como huella*, 4).

Con el fin de la Era Meiji, en la que, como hemos verificado, se constituyeron las bases para mantener la unidad del Estado, iniciar la política colonial y garantizar unas Fuerzas Armadas modernas, llegaría la corta Era Taishô, 大正時代, (1912-1926), que coincide con el reinado de un nuevo Emperador,

tal como es habitual en la cronología japonesa. En este contexto, se produjeron ciertos intentos de profundizar en las reformas liberales de Meiji, con la animadversión de determinados sectores de la élite, que temían la germinación de ideas revolucionarias. Además, comenzaron a gozar de mayor reconocimiento diversas teorías políticas en el país, tales como el socialismo o el comunismo. Algunos acontecimientos notorios fueron los siguientes: en 1918, por primera vez, un civil perteneciente al Seiyukai, 政友会, el partido mayoritario del Parlamento, asumió el cargo de Primer Ministro, algo que contrasta con prácticamente la totalidad de la Era Meiji, donde la vida política fue ocupada, principalmente, por samuráis (Chapoy Bonifaz 223); a su vez, se luchó en pos de la sustitución del sufragio censitario, ligado a la renta del individuo, por el sufragio universal masculino, reconocido en 1925 (Chapoy Bonifaz 224); no obstante, de manera contradictoria, en el mismo año se aprobó la Ley para el Mantenimiento de la Paz, que “había dotado a la policía ideológica (tokko, bajo el Ministerio del Interior) y a la policía militar (kempei, bajo el Ministerio de la Guerra) de amplio poder para combatir a cualquier organización que persiguiera el derrocamiento de la forma de gobierno o la abolición de la propiedad privada” (Beasley, 272), tales como los comunistas, los cuales sufrieron los peores efectos de la represión.

A finales de los 20, con el inicio de la era Showa, 昭和時代, (1926-1989), y al inicio de los 30, las conquistas democrático-burguesas continuaron su declive por el creciente control que la clase castrense ejercería sobre el Gabinete, que, bajo la pretensión de defender Japón, negaba determinadas decisiones gubernamentales o se imponían intereses personales. Los parlamentarios civiles quedaron prácticamente neutralizados para ejercer influencia alguna. El hecho que desató que dicha realidad emergiera de manera explícita fue el acontecimiento de la invasión de Manchuria (1931): los altos cargos de la Armada ya habían planificado la conquista de dicho territorio de antemano, no solo por la potencial facultad de proveer al archipiélago de recursos como el carbón, sino también por su posición estratégica para convertirse en un dique anticomunista dada su proximidad a la Unión Soviética: en 1931, el oficial de la Armada Kwantung Itagaki Seishirō, 板垣征四郎, recalcó la absoluta prioridad de hacer de Mongolia y Manchuria territorios japoneses (ctd en Ienaga, 60). De esta forma y con autonomía del gobierno central, la mencionada armada de Kwantung, a la que también pertenecía el criminal de clase A y Primer Ministro Tōjō Hideki, 東條英機, llevaría a cabo la ocupación. El *casus belli* alegado para dar inicio al conflicto fue, en realidad, parte de un plan perfectamente orquestado: el 18 de septiembre de 1931, en los alrededores de Mukden, los propios japoneses dinamitarían parte de las vías del ferrocarril del Sur de Manchuria, dirigido por una compañía del archipiélago. Un día después, el 19 de septiembre, se daría rienda suelta a una invasión por la cual la Armada Imperial terminó por ocupar con facilidad la región. Este acto sería condenado por la Sociedad de Naciones en diferentes ocasiones: por ejemplo, en octubre de 1931 o en febrero de 1933 (Ienaga, 66).

Como precisa Beasley, “tras la captura de Manchuria en 1931, la vida japonesa conoció un nivel de turbulencia sin igual desde la década que siguió a los tratados de 1858” (260): esto coincidiría con unas circunstancias desfavorables en el capitalismo mundial causadas por la Gran Depresión. En 1932 se reconoció el estado títere de Manchukuo, y durante aquel año la violencia no solo se limitó a los territorios ocupados y gestionados por el imperialismo japonés: en el propio archipiélago, en cuyo seno los ánimos estaban exaltados por la creciente violencia exterior, se emprendieron actos como la matanza de políticos y dirigentes por parte de grupos ultranacionalistas, de entre los cuales el asesinato del primer ministro Inukai Tsuyoshi, 犬養毅, (1932) marcó un antes y un después en el devenir de la nación, pues ello certificó que, cualquier parlamentario que disintiera mínimamente con la política de guerra se podría enfrentar

a tentativas peligrosas. A su muerte, el almirante Saito, 齋藤実, ocuparía el cargo, simbolizando el ocaso civil en el Gabinete. A pesar de que las instituciones establecidas en la Constitución de Meiji no fueron destruidas ni se impuso un único partido en manos de una figura dictatorial reconocible, el modelo de gobierno del Japón de Showa puede compararse a los totalitarismos italiano y alemán: según Maruyama, podríamos definirlo como un “fascismo desde arriba”, controlado por una cúspide de militares y burócratas (ctd en Beasley, 261). Además del propio esquema de poder coronado por estos dos sectores, se podrían mencionar otras evidentes semejanzas con el fascismo: represión de grupos políticos disidentes, supresión de la libertad de expresión, ideas de superioridad étnica, formulación de un discurso que enarbole una mística abarcadora de la colectividad (como el *kokutai*, 国体, o ética nacional) o el llamado a recuperar las tradiciones “genuinas” y “auténticas” de una nación en una época considerada decadente. A su vez, en la propia Segunda Guerra Mundial, Japón se alinearía con las potencias del Eje, lo cual representó más que fielmente la naturaleza de su Estado. A raíz de esta invasión, el país del Sol Naciente se acogería a las ideas de la llamada “Esfera de Co-prosperidad de Asia Oriental”, en las que teóricamente defendía un rol de Japón como “liberador” de la influencia occidental en el resto de naciones asiáticas vecinas, a las que se consideraba como entes sin soberanía propia, desprovistos de la capacidad para el autogobierno debido a la influencia foránea. En el caso práctico, la Esfera de Co-prosperidad constituiría el marco teórico adecuado para que el Ejército de Ocupación (Armada y Marina) pudiera ampararse en él y así actuar con mayor impunidad.

Al ser conquistada Manchuria, Japón dio prueba de la forma que tomaba su ejercicio colonial y daba con una importante área para impulsar los mercados. En marzo de 1934, la región se moldeó como un régimen monárquico, con Pu-yi coronado emperador. En abril del mismo año, el portavoz del Ministerio de Exteriores se desvincularía de las organizaciones internacionales, aludiendo a que la relación Japón- China no “era de la incumbencia de la Sociedad de Naciones” (Beasley, 286). Aunque a nivel teórico Pu-yi era el monarca que regía el destino de los manchúes, en la práctica la soberanía final residía en Hirohito, el Emperador japonés, considerado “comandante superior” de la Armada Imperial (Ienaga 34); por otro lado, las principales industrias serían gestionadas por el gobierno nipón y el Ejército ocuparía la región, so pretexto de ocuparse de la defensa del lugar frente a las potencias occidentales, de forma coherente con los principios de la Esfera de Co-prosperidad. Es necesario clarificar que los chinos, desde la toma de Manchuria en 1931 y los otros intentos del Ejército Imperial para ampliar su área de influencia por el norte y sur del país, ejercieron una resistencia intermitente sobre el terreno. No obstante, el devenir de la guerra marcaría un nuevo punto de inflexión cuando, a fines de 1936, Chiang Kai Shek establecería un pacto con las fuerzas comunistas lideradas por Mao Zedong, de enorme prestigio entre el campesinado. Previamente, el líder nacionalista intentó mantener una postura conciliadora con los japoneses y pactar con ellos alguna clase de pacificación, buscando un nexo común en el anticomunismo, pero los intentos fueron en balde. Poco después, en respuesta a una vigorización de la resistencia local, estallaría la Segunda Guerra Sino-japonesa (1937-1945), marcada, de forma similar a Manchuria, por un choque entre fuerzas chinas y japonesas en el puente de Marco Polo, situado en los alrededores de Pekín (julio de 1937). La reacción de las autoridades militares a este incidente consistió en dar rienda suelta a ataques a gran escala: en agosto de 1937 se tomó Pekín y Tientsin, para que luego las tropas capitaneadas por Iwane Matsui, 松井石根, siguieran avanzando hasta Nankín, capital de Chiang Kai Shek. La toma de Nankín, producida entre diciembre del mismo año y enero de 1938, daba luz a un episodio que sería calificado por la historiografía crítica como “la masacre de Nankín”. Este constituirá, en el marco de la Segunda Guerra Mundial, uno de los pasajes de memoria en los cuales se producirán los crímenes de guerras más atroces por parte de la Armada Japonesa, e indudablemente a día de hoy las heridas de las víctimas no han sido cerradas todavía.

Sería preciso añadir que todas estas acciones se arraigan en un carril que ya partió desde Meiji, donde se comenzaron a inocular en la clase dirigente las ideas de una Modernidad —a la usanza occidental—, inseparable del capitalismo, el imperialismo y el expansionismo, este último amparado en una ética nacional (*kokutai*) que coronaba al Emperador bajo un aura divina y disponía a los súbditos a morir por él con honor. A su vez, instancias sociales del interior del país aplaudirían y esgrimirían una defensa de estas ideas: será a partir del inicio de la Segunda Guerra Sino-japonesa donde, precisamente, la educación militarizada, defensora acérrima de los valores tradicionales, se ensalzaría a sus puntos máximos (Delgado Algarra, *Enseñanza de la Historia*, 126); a nivel de medidas políticas, la Segunda Guerra Sino-Japonesa también impulsaría una agresiva economía de guerra: en el período 1938-1942 el gasto militar fue del 38% del Producto Nacional Bruto, frente al 9% de la etapa 1933-1937 (Beasley, 278).

### Los crímenes de guerra cometidos en China: una perspectiva general

Tal como dijimos en la introducción, abarcar la cuestión del imperialismo japonés requeriría de mucho más que un apartado de Antecedentes Históricos con la información esencial para entender las claves del conflicto, y es por ello que se ha acotado el asunto de los crímenes de guerra a aquellos más reconocibles que se dieron en China. No obstante, se espera que el lector pueda tener algunas nociones acerca del patrón de actuación del Ejército de Ocupación. En primer lugar, habríamos de indicar que, con la adquisición plena de Manchuria, se estableció no solo una posición territorial de alto valor estratégico, sino también una zona de producción a bajo coste, excelente para impulsar una economía de guerra, extraer recursos naturales y desarrollar una industria pesada. Como sucede en los procesos de descentralización económica, la población china enfrentó arduas condiciones laborales, propia de las masas ubicadas en zonas periféricas o semi- periféricas, y se le exigió ritmos de producción muy elevados. Incluso antes del incidente de Mukden y la arbitraria invasión iniciada el año 31, en Manchuria ya existían compañías nominalmente japonesas, tal como la empresa de ferrocarril: en 1930, por ejemplo, se extrajeron de 40 a 50 millones de toneladas de carbón de las minas de Fushun y Yent'ai, explotadas por el archipiélago, pero más de 100.000 trabajadores chinos murieron o salieron heridos del trabajo (Ienaga, 9).

A sabiendas de que las claves en torno a las que se explotaba y discriminaba a la población local pueden analizarse a la luz de un tipo de violencia estructural imperialista, basada en la desigualdad de clase, la discriminación étnica y de género, no es de extrañar que, después de la invasión y el despliegue de militares japoneses por diversas áreas de China, apareciera en 1932, de acuerdo a las hipótesis del historiador progresista Yoshiaki Yoshimi, el primer centro de consuelo (Yoshiaki, 30). ¿Qué serían los centros de consuelo? A grandes rasgos, locales construidos y administrados por el ejército japonés, donde se explotaba sexualmente a las llamadas "mujeres de consuelo"<sup>3</sup> (*comfort women* o *lanfu*, 慰安婦) que fueron "engañadas, obligadas o secuestradas por el ejército japonés" (Orreill, 128) para proveer servicios sexuales a la Armada. En el contexto de la Guerra del Pacífico, se piensa que llegaron a ser unas 200.000 mujeres, principalmente coreanas (Yoshiaki 128) pero también chinas, birmanas, holandesas, euroasiáticas, indias, indonesias, japonesas, taiwanesas, vietnamitas y nativas del Pacífico (Orreill, 128). Sin duda, la existencia de estos asentamientos desembocó en una vulneración grave de los Derechos Humanos de las víctimas, las cuales sufrieron condiciones de vida precarias y violaciones sistemáticas. El origen de los centros de consuelo vendría dado por las siguientes circunstancias: en primer lugar, en China se estaba produciendo,

3 Aunque el término que se emplea para definir a las esclavas sexuales del ejército japonés está imbricado de un matriz eufemístico, hacemos uso de él por su extendida y generalizada utilización dentro del mundo político y académico.



con frecuencia, asaltos y violaciones de los soldados japoneses a las mujeres; en segundo lugar, en el Ejército, los casos de contagio por enfermedades venéreas crecían exponencialmente. Los altos mandos de la Armada, preocupados por los atentados a la población local, pretendían prevenir las violaciones para que el sentimiento anti-japonés no siguiera aflorando en la región. Esto no deja de ser un motivo que concluyó en una praxis macabra, además de inefectiva: para cortar de raíz con las violaciones azarosas, se blindó y se estructuró un sistema de explotación sexual en donde mujeres, en su mayoría de las etnias colonizadas, serían vejadas de forma brutal y estructuralmente legitimada: en otras palabras, se buscarían “víctimas aceptables” y la ejecución de un plan basado en la lógica del “mal necesario”. No se optó, en cambio, por investigar con profundidad los crímenes o habilitar un mayor número de permisos a los soldados japoneses para que pudiesen tener alternativas para ocupar el tiempo libre y alejarse del frente.

Aunque otros autores hablan de que el reclutamiento masivo de mujeres de consuelo se inicia en el contexto de la invasión y masacre de Nankín, lo cierto es que, aún tomando como punto de partida el año 1932, la reclutación masiva y la constitución de un amplio entramado de centros de consuelo por toda China se empezó a dar en 1937, en los que había mujeres traídas desde todos los territorios colonizados por parte del archipiélago. Como dijimos, el mayor número de ellas fue de nacionalidad coreana, y el segundo puesto sería ocupado por las chinas (Yoshiaki, 17), quienes se encontrarían principalmente en el centro de consuelo de Nankín: 139 de 389 mujeres (Yoshiaki, 88). Principalmente, se planteó explotar a mujeres de minorías étnicas debido a que no había un suficiente número de japonesas que hubiesen ejercido de prostitutas “profesionalmente” y pudiesen ser forzadas a satisfacer la amplia demanda solicitada por los centros (Orreill, 132). Así mismo, se valoraba que las mujeres de consuelo no hubiesen mantenido relación sexual alguna, no solo debido a que se considerara que así los soldados no sufrirían los efectos de enfermedades venéreas al disponer de chicas en buena condición de salud, sino también porque la condición de la virginidad se consideraba de mayor dignidad para entregarse a las víctimas como regalo de los soldados (Orreill, 145). Es necesario decir, en efecto, que la vida de las esclavas sexuales, maltratadas sistemáticamente, fue tortuosa: “los soldados se alineaban uno detrás de otro, esperando su momento de «confort», y las mujeres eran obligadas a tomar a un hombre detrás de otro, probablemente sin descansar de un cliente al siguiente” (Ienaga, 184). Es frecuente, además, que se asesinara a las mujeres al considerar que se avecinaba una derrota militar, o incluso que los soldados se suicidaran ritualmente, llevando consigo a las mujeres de su preferencia. Ante esta realidad de ser violadas impunemente, algunas trataron de huir, con todas las dificultades que conllevaba escapar de la policía militar japonesa (*kempeitai*, 憲兵隊); otras hicieron uso de narcóticos para evadirse de la realidad (Orreill, 140-141). Tal como explicamos anteriormente, los centros de consuelo se ampararon en una serie de acontecimientos que comenzaron a ser habituales durante y tras la masacre de Nankín, donde se dieron las mayores atrocidades de la guerra (Beasley, 288): la invasión de la ciudad y los atentados que le siguieron probaron, en términos generales, el proceso de deshumanización al que los ciudadanos chinos se habían visto sometidos por parte del imperialismo nipón.

Los crímenes más frecuentes dados durante diciembre de 1937 fueron la quema de casas o locales, la violación, la matanza de civiles y el asesinato de prisioneros de guerra: de estos últimos, 14.777 fueron asesinados por el Destacamento Yamada de la 13a División (Selden, 462). En algunas ocasiones, los soldados que defendieron la ciudad trataron de evitar las represalias de la derrota disfrazándose de civiles, pero muchos eran descubiertos y fusilados: en el puente de Hsiakuanch“ien, por ejemplo, se ametralló a unos 20.000 chinos que trataron de esconderse (Ienaga 186), atentándose contra los

derechos de los prisioneros de acuerdo a la legalidad internacional. Los métodos de Nankín acabaron por generalizar un proceder semejante en las áreas rurales chinas donde se ofreció resistencia al ejército de Ocupación, denominado *sanko sakusen*, 三光作戦 (Política de los Tres Todos: “incendiarlo todo, matar a todos y saquearlo todo”) (Selden, 463). Con respecto al número total de víctimas, existen discrepancias en la historiografía respecto a ello: Ienaga se refiere a “decenas de miles de chinos, entre los que se incluyeron prisioneros de guerra, rezagados que dejaron las armas y se entremezclaron con los civiles, mujeres y niños” (Ienaga, 186). Tohmatsu, en 2011, indicó que las divergencias entre la historiografía china y japonesa acerca del análisis de la masacre de Nankín se da, sobretudo, en la cantidad de víctimas y en la naturaleza que subyacía a la agresión: mientras que en Japón se enumera a nivel general las víctimas en 200.000 y se considera que el incidente se provocó de manera no premeditada, los chinos cifran los caídos en 300.000 y acusan al Ejército japonés de haber cometido los crímenes de manera premeditada (ctd en Delgado-Algarra y Estepa-Giménez, *Memoria histórica y olvido*, 125).

De lo expuesto, se puede extraer la conclusión de que la invasión de Nankín, ya sea por la extensión de la red de trata sexual (centros de consuelo) o los asesinatos de prisioneros y civiles, marcó los años más duros con respecto a los crímenes de guerra cometidos en territorio chino durante la Guerra del Pacífico, dado que el Ejército se adentró en un proceso ascendente de embrutecimiento en los actos realizados hacia la población local. No obstante, antes de cerrar este apartado, no podemos dejar de lado la cuestión de la Unidad 731 de la Armada, dedicada a la investigación y producción de armas biológicas de enorme potencial destructivo, que se utilizaron vía ataques aéreos contra Ningbo, Zhejiang y Hunan (Selden, 463) en el último tramo de la Segunda Guerra Sino-Japonesa. La existencia de esta Unidad, ubicada en los suburbios de Harbin (Manchuria) se mantenía en completo secreto, incluso para la ciudadanía japonesa, y la información que conocemos hoy emergería, principalmente, por la desclasificación de los documentos de la Unión Soviética al ocupar la región los últimos días de la Segunda Guerra Mundial, así como por la declaración de miembros anónimos de la unidad e investigaciones de un famoso oficial de policía japonesa durante la posguerra (Ienaga, 188). Sin embargo, es lógico pensar que una gran parte de los documentos que relataban la actividad de esta unidad serían destruidos con la inminente derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial. Tal como describe Ienaga Saburo, las funciones de este cuerpo fueron variadas:

La Unidad 731 realizó actividades de investigación “acerca del cólera, la plaga (...) entre sus descubrimientos se incluye una bomba de defoliación con bacilos que destruyó un área de 50 kilómetros cuadrados. Un proyecto especial codificado con el nombre de Maruta incluyó el uso de seres humanos como experimentos. Varios miles de personas fueron transportadas secretamente desde Manchuria y China y fueron confinados en una unidad especial de la prisión. Cuando eran necesarios para los experimentos, se ponía a los conejillos de indias en salas de laboratorio y se les inoculaba una bacteria para probar la potencia de un germen. Los cuerpos muertos se quemaban, para evitar una epidemia y destruir las evidencias de los experimentos. (Ienaga 188)

Con esta descripción de los hechos, uno puede imaginar, y a mi juicio sería acertado, que los actos de la Unidad 731 pueden ser clasificados como algo similar a un “Auschwitz japonés”, pues la cosificación a la que fueron sometidos los chinos en la estructura de poder del imperialismo nipón resulta perfectamente contrastable con los crímenes que el nazismo alemán perpetró durante el Holocausto.

Se espera que, habiendo seguido el apartado de Antecedentes Históricos, el lector pueda haber asimilado, en términos generales, cuáles fueron los crímenes de guerra más notorios cometidos por el Ejército de Ocupación, así como todas las circunstancias de Meiji y Taishô que, en cierto modo, condicionaron y produjeron el molde material que terminó por sembrar la intensa violencia que se daría a partir de la invasión de Manchuria de 1931. Así pues, advirtiendo la magnitud de los crímenes durante el período estudiado y el carácter del gobierno japonés, cuyos avances civiles fueron socavados por la influencia de los militares en el Gabinete y la radicalización de una ética *kokutai* en cuyo centro se ubicaba un Emperador deificado, cabe preguntarse lo siguiente: una vez Japón fue derrotado en la Segunda Guerra Mundial en 1945 y se estableció en el país una democracia a la usanza euroamericana por la acción de la SCAP (Fuerzas de Ocupación Norteamericanas), ¿cuál fue el posicionamiento histórico que en torno a la Guerra del Pacífico se mantuvo durante y después de la transición? ¿Se reflexionó a nivel general sobre la memoria y los traumas de la guerra al edificar un nuevo régimen político y jurídico en el país? La pregunta no es baladí, y a ella trataremos de dar respuesta en las siguientes secciones. Si tenemos en consideración que esta guerra de agresión causó la muerte de entre 10 y 30 millones de chinos (Selden, 459), y que la Segunda Guerra Mundial también abrió las brechas de un enorme dolor entre los civiles japoneses, quienes sufrieron un ambiente represivo y las consecuencias del arrojado de la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki por parte de los Estados Unidos, cabe pensar que un consenso histórico resultaba primordial no solo para fomentar una buena salud democrática en el interior de la sociedad civil, sino también para enlazar un vínculo de amistad con los vecinos asiáticos que habían sido injustamente agredidos y colonizados.

## Memoria histórica en el Japón de la posguerra

El año 1945, Japón era derrotado en la Segunda Guerra Mundial. Será el 15 de agosto cuando el Emperador Hirohito proclama la rendición del Ejército, en una retransmisión de radio que significó para gran parte de la población civil el primer instante en que la voz del monarca se escuchara públicamente. El discurso se producía después de sucesos como la entrada de la Unión Soviética en Manchuria, que declaró a Japón la guerra casi en sus últimos días (el 6 de agosto), o los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki. Ello significó que Japón se vio obligado a retirarse de China, cuyo control íntegro había sido un ejercicio arriesgado y costoso desde el primer día, así como de otros territorios colonizados. Las redes de consuelo y la Unidad 731, por ejemplo, serían desmanteladas, con la consiguiente eliminación física de muchas de las pruebas que sustentaban su existencia. Poco después, el ejército norteamericano ocuparía la mayor parte del país desde 1945 hasta 1952. Sería la Ocupación un período histórico convulso, durante el cual se realizaron acciones de carácter contradictorio. Por un lado, en los juicios de Tokio fueron castigadas impunemente figuras visibles del régimen militar:

Entre 1946 y noviembre de 1948, 28 dirigentes, acusados de planear y de iniciar una guerra injusta, fueron juzgados por un tribunal internacional en Tokio. A siete, entre ellos a Tōjō Hideki, se les condenó a la horca y a 18 a reclusión penitenciaria; dos murieron durante los juicios y otro sufrió un colapso mental. Veinte oficiales veteranos de las fuerzas armadas, que habían estado al mando de las zonas en donde se cometieron atrocidades, fueron también procesados, aunque sólo dos fueron hallados culpables y ejecutados. A miles de sus subordinados se les acusó de actos individuales de crueldad y asesinato dentro y fuera del país. Sólo en Yokohama 700 hombres fueron sentenciados a muerte y 3.000 a diferentes penas carcelarias. (Beasley, 315)

No obstante, aún con estas sentencias, otras figuras significativas del régimen militarista quedaron blindadas de las acusaciones de los tribunales, como la del propio Emperador Hirohito, al que se llegó a presentar, incluso, como “el emperador de la paz” (Selden, 460), debido a que los Estados Unidos consideraron que su figura resultaba de utilidad para dirigir con éxito las reformas de la posguerra (Gluck, 67) y mantener la estabilidad del país. A ello se opusieron países como la Unión Soviética o Australia. Cabe preguntarse si, de alguna forma, la dirigencia norteamericana también contribuyó a construir un relato de la memoria basada en el olvido o el enterramiento del pasado sin una debida reflexión sobre las víctimas del conflicto, pues el Emperador fue una cabeza visible del régimen previo a la democracia liberal de 1947, portador del título de comandante superior de la Armada y figura central de la ética *kokutai* hasta el fin de la guerra: sólo cabía la amnesia histórica para pasar esto por alto después de tan solo un reducido tiempo de margen desde el fin del conflicto. Aún así, es cierto y necesario indicar que Hirohito aceptó renunciar a su condición divina a instancias de Douglas MacArthur, además de que asumió de un rol limitado a la representación simbólica del Estado en el marco de una monarquía parlamentaria, en la que se sancionó la división entre la Fe y el Estado: ello conllevó a que localizaciones como el ya mencionado Santuario Yasukuni, abandonara su titularidad pública y pasara a estar gestionado por entidades privadas (Álvarez, Lunaklick y Muñoz, 33). Así pues, tal como indicamos, la Ocupación norteamericana fue un proceso plagado de enormes contradicciones, y la ciudadanía no vinculada con las instancias de poder hubo de pagar un alto precio de sacrificios. Por un lado, durante este período que va desde 1945 hasta 1952, la población experimentó una enorme desorientación en lo referente a su identidad nacional y cultural (Slater, 104), realidad que se contextualiza con el hecho de que una fuerza extranjera, previamente enemiga a nivel militar, tomó las riendas del país para acometer las principales reformas bajo el prisma de una relación jerárquica, desigual y colonial. Por otro, la ciudadanía vio derechos mermados en su vida diaria: ejemplos claros fueron la proliferación de los mercados negros, la extensión del fenómeno de la trata con la visible figura de las *pan-pan*, prostitutas japonesas que vendían sus cuerpos a los soldados americanos por una miseria, o las censuras llevadas a cabo por parte de las Fuerzas Armadas hacia opiniones críticas con EEUU en diversos medios: periódicos, televisión, publicaciones en revistas, cine, etc. (Yoshimi y Buist, 436).

Más allá de lo explicado, en este período entró en vigor, a fecha de 3 de mayo de 1947, el principal texto legal que, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, edificó las bases del marco sociopolítico sobre el cual se asentaría el Estado de Derecho póst-1945: una democracia liberal de mercado capitalista, a imagen y semejanza del sistema de los Estados Unidos y organizada bajo la forma sociopolítica de la monarquía parlamentaria. Fue diseñada la Constitución de 1947 casi en su integridad por las Fuerzas de Ocupación norteamericanas (SCAP), en connivencia con algunas élites locales que conformaron un Comité Constitucional: desde entonces, Japón se convertiría en el principal aliado de la región y quedó absorbido por los intereses de la geopolítica atlantista. Es sorprendente reseñar que, a pesar de haberse establecido esta norma jurídica superior tras una derrota militar y bajo la dirección de una potencia extranjera que apenas dos años antes había pertenecido al bloque enemigo de los Aliados, no se haya visto alterada por ninguna clase de enmienda en sus 70 años de historia. Una de las razones que se han dado para justificar tal grado de aceptación es, precisamente, el hecho de que en la versión japonesa de la Constitución se presentó a la ciudadanía como una continuación directa de la de Meiji (Hayes, 42), que hemos descrito con detalle previamente. Así pues, además de las reformas que construyeron la democracia representativa o decretaron el sufragio universal e igualdad legal entre sexos, se buscó una fuente de legitimidad que descansara sobre la identidad del pasado.

Uno de los aspectos más llamativos del corpus legal de 1947 fue el carácter pacifista del mismo, expresado en el artículo 9, donde se renuncia a la guerra como derecho soberano de la nación. Tomando en consideración que de una manera u otra, una constitución materializa la correlación de fuerzas mantenida en un contexto histórico determinado, es preciso afirmar que la redacción del artículo no vendría dada por un genuino sentimiento pacifista, sino más bien persiguiendo diversos intereses. El primero, contener un posible rearme que abriese puertas a una nueva campaña militar e imperialista de Japón; el segundo, asegurar que el área de influencia comunista no arribase al archipiélago. A pesar de que en los primeros momentos de la historia de la posguerra el artículo 9 fue interpretado literal y oficialmente como una prohibición a cualquier clase de militarización (González Pujol, 33), incluyendo el mantenimiento de fuerzas de potencial bélico en el archipiélago o la posibilidad de entablar un conflicto armado, lejos de haberse mantenido una única interpretación del texto legal, esta se ha visto alterada sustancialmente de acuerdo al criterio geopolítico que imperara en el momento histórico, como demuestra la formación de las Fuerzas de Auto-Defensa (SDF) en 1954. Con todo, analizaremos la cuestión del artículo 9 a fondo en la cuarta parte del trabajo, pues su importancia, debido a la popularidad entre la ciudadanía japonesa y a las suspicacias que mantienen los vecinos asiáticos, como por ejemplo China, ante cualquier tentativa de rearme o de militarismo proactivo, le hace merecer una cuidadosa atención. Sin ninguna clase de duda, ambos factores pueden explicarse a la luz del recuerdo doloroso que la guerra impregna en sus víctimas. Vemos que, a nivel sociopolítico, el reformismo, con sus característicos claroscuros a caballo entre lo innovador y el respeto por el pasado, fue el espíritu connivente a los cambios políticos impulsados “desde arriba” por los Estados Unidos de América: se juzgó a multitud de criminales de guerra, pero se respetaron a otras figuras de importancia asociadas al régimen. El Artículo 9, por su parte, pudo suponer un alivio para una población hastiada de consecuencias tan vivas como la Bomba Atómica, e incluso una buena noticia para los países colonizados por Japón: no obstante, su nacimiento dado por razones geopolíticas lo terminaría por hacer voluble y frágil a intereses de la clase dirigente, como veremos más adelante.

En vista de estas condiciones materiales, ¿qué sucedía con la memoria histórica? ¿Qué clase de relación entabló el nuevo régimen con el pasado, qué análisis crítico se realizó sobre él? Principalmente, en el contexto de la posguerra, encontramos dos posiciones muy definidas y encontradas en el arco ideológico: la hegemonía de las posiciones conservadoras en el plano institucional o gubernamental, y la amplia presencia de la historiografía progresista en el mundo académico (Bukh, 684), tal como Ienaga Saburo, en cuyo análisis nos hemos inspirado para, en la sección de los antecedentes históricos, denunciar los crímenes de guerra cometidos por Japón en territorio chino. Indaguemos las claves principales conniventes a estos dos posicionamientos con respecto a la memoria. La postura conservadora se inclinó por distanciar el régimen de la preguerra y la posguerra, como dos realidades radicalmente diferentes: el año 1945 sería, pues, un nuevo inicio. Japón se independizó del tutelaje estadounidense en 1952, año en el que Yoshida Shigeru, 吉田茂, ideológicamente conservador y alto cargo diplomático en los tiempos de la guerra, ejercía de Primer Ministro. A partir de entonces, en los objetivos del establishment político se perseguirá la reconstrucción económica y la consecución de prestigio a nivel internacional, para que Japón pueda coronarse como un actor confiable en el paradigma de las Relaciones Internacionales (Gluck, 71): ello fue conocido como la doctrina Yoshida, en la cual se definía al país como un “Estado mercantil (*shonin kokka*), que debía centrarse en la recuperación y el desarrollo” (González Pujol, 36). Sin duda, el paradigma de la modernidad volvió a ocupar un eje central en el proyecto político y nacional de la posguerra, contribuyendo así a un posicionamiento frente a la memoria de carácter conservador, en el que se entendía que para salir de los atolladeros causados por el régimen militar, la vía que debía

seguirse, en lugar de alcanzar un consenso histórico con las víctimas del interior y el exterior del país, basado en una profunda revisión de las circunstancias que condujeron a la Guerra del Pacífico y al auge del imperialismo japonés, sería la construcción de un Japón “próspero”, “moderno” y “respetable”.

En 1952 el propio primer ministro Yoshida, de manera coherente con esto, reivindicó la necesidad de estudiar la “incomparable Historia Japonesa”, para fortalecer el patriotismo y preparar el país para el rearme (Gluck, 71). Poco después, defendió los profundos avances que llevaron a Japón ser una de las cinco potencias mundiales medio siglo después de la Restauración Meiji: conquistas que serían menoscabadas debido a que “los militares, los partidos y los intelectuales abusaron de su poder, embarcándose en una guerra imprudente... que no fue ni efectiva militarmente ni estuvo en consonancia con las intenciones del emperador Meiji” (ctd en Gluck, 72). De ello se extrae que, para el bloque conservador, la guerra había supuesto una interrupción directa a la senda modernizadora de Meiji, y la responsabilidad residía en una minoría que, contra los deseos del Emperador, condujo al país a una guerra en la que existía escaso margen para la victoria. No parece haber conclusiones de tipo moral o un análisis crítico sobre cómo pudiera evitarse algo así en el futuro, sino más bien lamentaciones en torno a un movimiento poco inteligente, del que Japón no podría salir airoso. A diferencia de la clase política de ideas nacionalistas, los historiadores progresistas incidieron en las responsabilidades directas de Hirohito en el devenir de la guerra, denunciaron la agresión y el daño causado por parte de Japón hacia los países colonizados (China, Corea del Sur, Sudeste Asiático...), o reclamaron que se reflejara un mayor grado de arrepentimiento colectivo en los libros de texto (Bukh, 684).

No obstante, el grado de influencia a nivel social entre estos dos “gestores de la memoria” difería notoriamente. Aún a pesar de la capacidad de la academia para generar conocimiento, debate o posturas críticas en torno a la memoria, pienso que el público que se puede abarcar es mucho más limitado que en el caso de los que toman las riendas del Gobierno y ejercen la representación del país, tanto a nivel interno como a nivel externo. Un año en el que se reflejó la pugna mantenida entre ambos actores fue 1955, en el que se arrojaron los primeros ataques sobre el contenido reflejado en los libros de Historia utilizados en los institutos del país, cuyo control de contenidos lo ejerce el Ministerio de Educación. ¿Por qué 1955? Al llegar este año, se formó el Partido Liberal Democrático (PLD) después de la unión de diversos grupos de ideología conservadora. El hecho de que este partido se constituyera coincidió con que se marcaran los delineamientos de la filosofía política y educativa del Japón de la posguerra, en gran medida presentes en la actualidad: es por ello que en determinados sectores se habla de “el régimen de 1955” (Selden y Nozaki, 4), en el que el PLD inició su monopolio del poder ejecutivo, casi ininterrumpido hasta el día de hoy.

Entonces, con respecto a los libros de Historia regentados por el Ministerio de Educación, se aumentó la presencia de revisores conservadores en el mismo. Estos vertieron críticas a lo que consideraban una historia alejada de los preceptos japoneses y de carácter excesivamente científico –refiriéndose con ello al enfoque que se daba de la Guerra del Pacífico en diversas publicaciones. Entre sus comentarios realizados a la hora de evaluar los contenidos de los libros, se incluyeron anotaciones como la siguiente:

[The textbook] says, “Our country has inflicted immeasurable suffering and damage on various Asian nations, especially during the Pacific War...”. Eliminate this description, since a view even exists that [Japan] provided various Asian nations the chance for independence [from their western colonizers] through the Pacific War. (ctd en Selden y Nozaki, 5)

La cuestión de las primeras revisiones de los libros de texto, así como la doctrina y concepción de la guerra mantenida por el Primer Ministro Yoshida, da fe certera de las bases del consenso histórico esgrimido por el *statu quo*: se defiende el motor de la economía y la modernización como el cauce que sepultará los tiempos del régimen militar, y en torno a la Guerra del Pacífico, se pretende una suavización de los crímenes perpetrados, amparando a estos en el contexto histórico internacional, sin ejercer un diálogo profundo y colectivo con las víctimas, cuya importancia se relega a un segundo plano. Si bien es cierto que es ingenuo pensar que Japón fue el único país que perpetró crímenes de guerra durante la Segunda Guerra Mundial, o que usurpara la soberanía de países económicamente más débiles, el *quid* de la cuestión reside aquí, de acuerdo a lo que yo pienso, en el hecho de que el análisis en la realidad en su contexto ha de servirnos para enriquecer nuestra perspectiva y encontrar las claves apropiadas para mejorar nuestra situación actual y evitar repeticiones de acontecimientos similares en el futuro, no tanto para justificar que se produjeran determinados hechos y negar la excepcionalidad de agresiones como, por ejemplo, la Masacre de Nankín. Pero, con todo, aunque la clase dirigente no necesariamente refleje la perspectiva histórica de la totalidad del pueblo japonés, cabe decir que el contexto surgido a partir del 55 influirá en que se consolide la hegemonía de la memoria oficial e institucional abanderada por el PLD y altos burócratas del gobierno. Las razones de esto subyacen al período que se ha venido a conocer como “milagro económico japonés”, una fase de expansión del capitalismo nipón iniciada en 1955, que se prolongó en gran medida hasta la década de los 60 y los 70: en la primera, se produjo un impresionante crecimiento anual medio del 10%; en la segunda, existió un receso en el período 1974-1979 con una media de 3.6% debido a la crisis petrolífera del 73; no obstante, el crecimiento se prolongó durante los 80 (4.4%) hasta que llegara el estallido de la burbuja en los años 90 (Selden y Nozaki, 6).

Como ya dijéramos en la introducción, el concepto de “crecimiento económico”, en tanto que órbita de la identidad nacional, encontró acomodo en esta fase de expansión, pues el PLD se coronó en el imaginario colectivo como el arquitecto indiscutible de la modernización de Japón, cuyo regreso a la condición de potencia le llevó a asumir un rol destacado en el panorama internacional. Recordemos que, en 1964, las Olimpiadas se celebraron ni más ni menos que en Tokio: dicho evento deportivo, de enorme potencialidad política, parecía ser la señal que se necesitaba para promocionar el exitoso modelo japonés. No cabe duda de que las mencionadas Olimpiadas de 1964 supusieron un punto de inflexión para la percepción internacional del país. Con el carácter anfitrión de Japón se pretendió, por parte de las élites gobernantes, abandonar las ideas militaristas que se le atribuían al archipiélago y sustituirlas por una percepción que valorara su salto al desarrollo económico, sus avances tecnológicos y el asentamiento del modelo nipón de democracia liberal capitalista. En otras palabras, se produjo una conexión entre los juegos y la retórica oficial de la clase política de la posguerra. Pruebas de ello las encontramos, por ejemplo, en el momento en que se dio apertura al *shinkansen*, 新幹線 (tren bala), uno de los mayores símbolos de la innovación tecnológica del modelo de posguerra, cuyos primeros viajes se produjeron apenas unos días antes de la ceremonia de apertura de los Juegos (Tagsold, 2); por otro lado, dado que el Comité Olímpico se subyugaba a la influencia del Ministerio de Educación, el mismo organismo encargado de regular la producción de libros de texto en las escuelas, resulta llamativo señalar algunos aspectos reivindicados por el evento: la figura del Emperador, el *hinomaru* (la bandera del Sol Naciente, que algunos sectores consideran que está imbuida de connotaciones militaristas) y las Fuerzas de Auto-Defensa, símbolos nacionales a los que se pretendía “liberar” de una carga semántica asociada a los horrores de la Segunda Guerra Mundial, a favor de una reivindicación de estos como símbolos de paz (Tagsold, 2). Entre los propios japoneses, también se cultivó esta sensación de optimismo histórico. Remitámonos, por ejemplo, al año 1970, en el cual la socióloga japonesa Nakane Chie, 中根千枝, publicó *Japanese Society*, la más

representativa de las obras enmarcadas en las teorías del *Nihonjinron*, 日本人論, cuyos preceptos reseñan la particularidad y especificidad de la nación japonesa frente a otros pueblos. En el caso de *Japanese Society*, especialmente dirigido a un público extranjero, se subrayó esta singularidad a través del prisma de una clase de “nacionalismo económico”, dado que el modo de organización empresarial propio de la época de la posguerra, la *kaisha*, 会社, se eleva al nivel cultural de la nación, enlazando sus características de forma directa con la identidad colectiva del archipiélago (ver Nakane).

Otra señal de la aceptación de la cultura política representada por el PLD fue la asunción del concepto de “clase media” por amplias capas de la población. Como en otras sociedades de capitalismo desarrollado, resulta necesaria la construcción de dicha categoría para fomentar la cohesión social e impregnar a las masas de una sensación de homogeneidad que evite conflictos de base material. En el caso japonés, tal objetivo se cumplió con notorio éxito en el período del milagro, ya que a finales de los 70 de un 80 a un 90% de la ciudadanía se considerará parte de la susodicha “clase media” (Slater, 106). Hemos visto, entonces, que a medida que el proyecto del milagro económico fue avanzando en profundidad, la custodia del acuerdo histórico fue gradualmente tomada por la élite conservadora. En el año 1978, incluso, se incluyó, de manera coherente con la tendencia de “suavización” y “normalización” de los elementos de la época de la guerra, el culto a criminales de guerra de clase A en el santuario de Yasukuni: “entre las 2.466.000 «divinidades» incluidas en el Santuario, se añadieron 14 criminales de guerra de clase A, lo que llevó al Emperador Hirohito a no visitar de nuevo dicho lugar” (Delgado-Algarra y Estepa-Giménez, *El patrimonio como huella*, 4). Estos criminales comenzarían a ser honrados, además, mediante placas conmemorativas. Como señala el trabajo de Alexander Bukh, los libros de texto continuarían, por su parte, con las tendencias de suavizado de las agresiones llevadas a cabo por Japón. En los años 80, la mayoría de ellos delegaron el papel de víctimas de guerra al pueblo nipón, distanciando a este del Estado y los dirigentes del gobierno militarista: si bien es cierto que en la mayoría de ellos ya se había comenzado a denunciar el daño infligido en otros pueblos de Asia y a señalar las responsabilidades de Japón, el espacio ocupado por estas cuestiones era significativamente menor que las descripciones del sufrimiento de las víctimas del archipiélago. Así mismo, la omisión de realidades de importancia como las mujeres de consuelo o la Unidad 731 se seguían dando. Por último, la masacre de Nankín, en la mayoría de textos estudiados, aparecía mencionada brevemente y bajo un cariz de ambigüedad, sin realizar una crítica exhaustiva de las responsabilidades del ataque (694-695).

## La década de los 90 y la disconformidad del revisionismo

A mediados de los 80 e inicios de los 90, con la muerte de Hirohito y posterior sucesión de su hijo Akihito, 明仁, emperador que dará inicio a la Era Heisei, 平成, (1989), el contexto internacional variará hasta el punto de que el posicionamiento en torno a la Memoria Histórica cesaría de ser una cuestión meramente interna: en ello influyó un mayor reconocimiento de los Derechos Humanos, además del fin de la Guerra Fría, con el que se dejaron atrás muchos de los recovecos geopolíticos conniventes a la misma. A Japón se le comenzaría a reclamar desde el exterior una sincera asunción de los errores cometidos en el pasado imperial y unas disculpas consecuentes por parte del oficialismo, principalmente desde China y Corea del Sur. Esto coincidió con fenómenos como los del año 1991, en el que tres ex mujeres de consuelo de nacionalidad surcoreana demandaron al Tribunal de Primera Instancia de Tokio solicitando una indemnización y disculpa del gobierno japonés (Yoshiaki, 19). Ciertamente, en este período existieron algunos gestos y avances por parte de la clase política



con los que se pretendió afrontar estos asuntos. A partir de diciembre de 1991, el gobierno japonés condujo una investigación sobre el asunto de las redes de prostitución forzada, y los resultados de la misma fueron revelados por la declaración del secretario de gabinete Kōno Yōhei (PLD) a fecha del 4 de agosto de 1993. En la declaración Kono, tal como es designada oficialmente, se reconoció la existencia de centros de consuelo que se mantuvieron activos durante un tiempo prolongado y en un área extensa de territorio. Se asumió que la responsabilidad en la apertura y gestión de los establecimientos involucró, directa o indirectamente, a los militares. También se acepta que, en muchos casos, las mujeres fueron reclutadas bajo coerción: no obstante, el Gobierno indica que, principalmente, el reclutamiento fue dirigido, sobre todo, por personal privado que respondía a las peticiones de la Armada, limitando la contratación directa del personal militar a “ciertas ocasiones” (Kono, párr. 2). Además, se describe que las mujeres de consuelo vivieron míseramente, bajo una atmósfera represiva. Otros aspectos abarcados por el Secretario de Gabinete fue que el origen de la mayoría de mujeres que se transferían a áreas de guerra fue la península coreana, en aquellos momentos bajo dominio japonés (Kono, párr. 3); así mismo, se realiza un acto de disculpa:

Undeniably, this was an act, with the involvement of the military authorities of the day, that severely injured the honor and dignity of many women. The Government of Japan would like to take this opportunity once again to extend its sincere apologies and remorse to all those... who suffered incommensurable pain... as comfort women. (párr. 4)

También se reclama la necesidad de mediar directamente con la realidad histórica, en lugar de evitarla (párr. 6). Cabe decir que, a pesar del avance que pudo significar un reconocimiento semejante por parte de una figura política del PLD, Yoshiaki Yoshimi, historiador cuyo rol fue fundamental en desvelar muchos de los documentos que demostraron empíricamente la responsabilidad del gobierno y los militares para con los centros de consuelo, se mantuvo crítico con algunos puntos de la misma: a nivel histórico, por ejemplo, considera que Kono delegó la principal responsabilidad de contratación en individuos que mediaron con los militares, más que en estos últimos. (Yoshiaki, 23). A nivel sociopolítico, recalca que el Gobierno no asumió su responsabilidad “jurídica” sobre la materia (11). Llama la atención sobre el hecho de que este no reconociera el carácter de crimen de guerra de los centros de consuelo y que se limitara a una disculpa (*owabi*, お詫び) a nivel personal (24). Esta negativa del Gobierno a ejercer las reparaciones necesarias en torno al conflicto se prueba, a juicio del historiador, con que la ayuda económica que se quiso proporcionar a las ex mujeres de consuelo se pretendería realizar vía organizaciones privadas, como el Fondo de las Mujeres Asiáticas de 1995 (apoyado por el establishment conservador principalmente), cuyo soporte económico no fue aceptado por la totalidad de las víctimas, muchas de las cuales tenían el objetivo de ser compensadas por el propio Estado.

Otra de los actos políticos más representativos de esta década fue el discurso dado por el primer ministro Murayama Tomiichi (PSJ) el 15 de agosto de 1995, con motivo del 50 aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial. En un contexto de excepcionalidad histórica, la hegemonía política del PLD se resquebrajó durante un lapso de tiempo, quizá como producto del receso económico experimentado en los años 90, por lo que hubo de conformarse un gobierno de coalición entre diversas fuerzas políticas, con Murayama como Primer Ministro. El socialista pronunciaría las disculpas más sonadas, y quizá más sinceras, hacia las víctimas de la Guerra del Pacífico, reconociendo el dolor infligido a las víctimas:

During a period in not too distant past, Japan, following a mistaken national policy, advanced along the road to war, only to enshare the Japanese people in a fateful crisis, and, through its colonial

rule and aggression, caused tremendous damage and suffering to the people of many countries, particularly to those of Asian nations. In hope that no such mistake be made in future, I regard, in a spirit of humility, these irrefutable facts of history, and express here once again my feelings of deep remorse and state my heartfelt apology. Allow me also to express my feelings of profound mourning for all victims, both and home and abroad, of that history. (Murayama, párr. 5)

Así mismo, Murayama afirmó que Japón debía eliminar su nacionalismo autojustificador y promocionar la colaboración internacional para avanzar en los principios de la paz y la democracia (párr. 6). No obstante, las reacciones a estos avances como la declaración Kono o la de Murayama no tardaron en llegar, pues a finales de la década de los 90 los llamados neo-nacionalistas japoneses entraron en la escena político-social: tales son los casos de la Atarashii Rekishi Kyōkasho o Tsukuru Kai, conocida popularmente con el nombre acotado de Tsukuru Kai, つくる会, y fundada en 1996, además de la ya mencionada Nippon Kaigi, que emergería un año después (1997). La Tsukuru Kai fue fundada, entre otros, por académicos de ideología profundamente conservadora. Su objetivo reside en enfrentarse a la que, para sus partícipes, es una historiografía masoquista y antipatriótica, cuya imposición se daría en los libros de texto que forma parte del plan docente de los estudiantes (Morris-Suzuki, *Truth, postmodernism and historical revisionism*, 298). Una de las publicaciones editadas por esta sociedad es *Kokumin no Rekishii*, 国民の歴史 (Historia Nacional), de Nishio Kanji, 西尾幹二, en la que teóricamente se redacta una historia japonesa, contextualizada en el ámbito internacional y desde un punto de vista genuinamente nipón (Morris-Suzuki, 299): ello recuerda a la posición esgrimida por los revisores de los libros de Historia 1955. Otro miembro destacado, el mangaka Kobayashi Yoshinori, 小林善範, “publicó dos libros en los que las mujeres de consuelo eran retratadas como prostitutas ávidas de dinero” (Yoshiaki, 12).

Entre las conquistas políticas de esta asociación, podemos mencionar que la más significativa se dio en el año 2001, fecha en la que un libro de la Tsukuru Kai recibió la aprobación oficial del Ministerio de Educación. Aunque cabe decir que su uso fue muy limitado, pues según una encuesta de *Mainichi Shimbun* apenas llegó 0.039% de los estudiantes de secundaria en el mismo 2001 (ctd en Bukh, 686), se aprecia que a partir del 2002 vuelve a producirse una regresión en la narrativa del pasado a nivel general: si en 1997 los libros aprobados por el Ministerio incluían todas referencias a las mujeres de consuelo y más amplias descripciones de la masacre de Nankín, a partir de 2001 las referencias a la prostitución forzada desaparecen, quizá por influencia del fenómeno revisionista, y se estrecha el margen de pasajes dedicados a los otros crímenes de guerra perpetrados en Asia (ctd en Bukh, 689). Así pues, en la actualidad, según un trabajo de Kasahara realizado en el 2007, continuará predominando una descripción suavizada de los horrores de la guerra (ctd en Delgado-Algarra y Estepa-Giménez, *Memoria histórica y olvido*, 126).

Otro caso de relevancia entre los grupos revisionistas es el de Nippon Kaigi, del cual en la próxima sección precisaremos su profunda conexión con el gobierno de Abe, cuyo acceso al Ejecutivo permitió que las características de esta organización saltase al conocimiento del público general. Podríamos afirmar que se trata, sin ambages, del grupo ultranacionalista más poderoso del país. Al igual que la Tsukuru Kai, el peligro de estos colectivos, perpetrados en el revisionismo histórico, reside en el poder social de su membrecía y de las conexiones mantenidas con los altos burócratas, empresarios y políticos del PLD, de los cuales se valen para influenciar en la agenda política de su país en la dirección deseada. Aun a pesar de que se fundó en 1997 por la unión del grupo conservador, Nihon o mamoru kai, 日本を守る会, (entre cuyos partidarios había desde celebridades derechistas del sector cultural hasta líderes empresariales y veteranos de la armada) con la organización Nihon

o mamoru kokumin kaigi, 日本を守る国民会議, (Conferencia Nacional para proteger a Japón) (Sachie, 2). Con principios ideológicos arraigados, además, en el respeto al Shinto y a la figura del Emperador, la organización se adhiere a metas políticas y a postulados controvertidos: a nivel de praxis, se reclama la modificación de la Constitución del 47 para formar un ejército independiente. A nivel ideológico, cuentan con una publicación donde se discute la interpretación de la historia del país y, además, se reivindican los ejes principales que articulan el revisionismo, tales como la necesidad de recobrar el orgullo nacional o restablecer la auténtica identidad colectiva del pueblo japonés (Álvarez, Lunakclick y Muñoz, 42). Así mismo, aún en el plano de las ideas subyacentes a esta organización, cabe decir que la revista mencionada de Nippon Kaigi, cuyo nombre es *Nihon no Ibuki*, 日本の息吹 (Aliento de Japón) considera la Masacre de Nankín una “falsificación histórica” o define como “justicia ilegítima de vencedores” a las sentencias imputadas por los Juicios de Tokio (Sachie, 2).

## El gobierno de Abe Shinzō y la memoria histórica

### Abe Shinzō: perfil político y Gabinete

En primer lugar, antes de emprender el análisis a la luz de la Memoria Histórica, con el que trataremos de comprender la figura de Abe Shinzō y las características del Gabinete electo en diciembre del 2012, será preciso ofrecer unas claves biográficas del susodicho que, con anterioridad al gobierno en curso, sirvió en un breve lapso que va desde 2006 a 2007 como Primer Ministro del país, sucediendo a Koizumi Jun'ichirō, 小泉純一郎, quien fue un padrino político para Abe. Nacido en el año 1954, el origen de su familia se liga al sudoeste de la prefectura de Yamaguchi: lejos de ser este un dato fortuito, la localidad es un pasaje de relevancia en la historia del archipiélago, pues a esta área se circunscriben los más notables liderazgos de la Era Meiji, así como ocho de los primeros ministros del Japón póst-1945 y gran parte de las figuras de responsabilidad militar de la Guerra del Pacífico (Pyle, 7). A nivel de lazos biológicos, tanto el padre de Abe, Abe Shintarō, 安倍晋太郎, como su abuelo, Kishi Nobusuke, 岸信介, fueron figuras reconocidas dentro del establishment conservador japonés, por lo que no cabe duda de que existe un vínculo indisoluble entre el Primer Ministro que ocupa el interés de nuestro análisis y una familia perteneciente a la élite política del país.

Aunque bien es cierto que Abe Shintarō fue una figura influyente en la política de los 80 e incluso llegó a ocupar el puesto de Secretario General del Partido Liberal Democrático (Edström, 19), nuestra atención principal va a recaer sobre la figura de Kishi, dado que Abe Shinzō expresó una profunda admiración hacia él, hasta el punto de considerarle un referente político y vital en la obra que escribió para promocionar su figura en la campaña electoral de 2006: *Utsukushii kuni e*, mencionada en la introducción al tema de la investigación, donde expone los puntos de vistas más significativos de su posicionamiento ideológico (ver Abe, *Utsukushii kuni e*). Por ello, vamos a remitirnos, una vez más, a la década de los 50. Si un aspecto podemos destacar de Kishi en primer lugar fue su rol como burócrata a las órdenes de Tōjō Hideki y su papel en la dirección del estado títere de Manchukuo. Desde el año 1936 hasta 1939 ocupó una jefatura en la administración colonial de la región, emprendiendo una reconocida labor que le llevó a ser ascendido a puestos de mayor responsabilidad política: el período 1939-1940 lo desempeñó como Viceministro de Municiones; desde 1941 hasta 1944 se le delegó la responsabilidad de dirigir la movilización económica de Japón contra los Estados Unidos y, además, perteneció al Gabinete que tomó la decisión de entrar en guerra con el gigante americano (Edström, 21). Cabe decir que en el régimen de posguerra Kishi

fue encarcelado durante tres años y medio por la sospecha de haber cometido crímenes durante el conflicto bélico, pero, ante la incapacidad de demostrar su responsabilidad directa, fue liberado y en 1952 se le eliminó de la lista que conformaba los agentes del régimen que habían de ser purgados. Lejos de frenar tal circunstancia su carrera política, el abuelo de Abe tuvo la oportunidad de gobernar el país de 1957 a 1960, al ser nombrado Primer Ministro por el PLD, convirtiéndose en uno de los dirigentes más destacados del período de posguerra. Su etapa como mandatario se caracterizó por hostilidades diversas con respecto a la cuestión del nacionalismo. En el cargo, mostró una firme oposición a los términos en que estaba firmado el Tratado de Seguridad con EEUU (1950) y su delineamiento político se mostró envarado en el anticomunismo. Precisamente sus enemigos, las fuerzas de izquierda (comunistas y socialistas), así como el movimiento estudiantil (*Zengakuren*, 全学連), boicotearon exitosamente los intentos de renegociación del Tratado que llevó a cabo Kishi en Washington para preservar el orgullo del país (Beasley, 346-347).

Una de las prerrogativas principales de Kishi en su período de servicio como Primer Ministro, sin lugar a dudas, constituirá la matriz ideológica del pensamiento de Abe: el deseo de superar el régimen de la posguerra desde una óptica conservadora. Para el abuelo del actual mandatario, ello significaba romper con la tónica del Estado mercantilista de Yoshida, subordinado a la protección militar norteamericana y considerado por el primero un sistema nacional degradante (Edström, 32), para en su lugar impulsar un Japón fuerte e independiente en materia diplomática. Por lo tanto, aún con el hecho de que la Historia le ha concedido a Abe la oportunidad de ser el primero de los que, nacidos después de la Segunda Guerra Mundial, ha ejercido el cargo del Primer Ministro, la sensación de frescura se diluye en tanto que su perfil se enlaza biológica y espiritualmente con el de los gigantes políticos de la guerra y el llamado régimen del 55. No obstante, más allá de la admiración hacia Kishi Nobusuke, ¿qué podemos seguir diciendo del perfil del político?

Retomemos el tema de la “ruptura con la posguerra”, objetivo nuclear de Abe en su trayectoria política: para él, asimilando una lógica semejante a la de su abuelo, significará, parafraseándole, “traer de vuelta a Japón” (Takahashi, párr. 5) a través de la reversión de los cambios políticos decretados por los Aliados durante la posguerra (Morris-Suzuki, *The Re-branding of Abe Nationalism*, 4). Esto lo entenderemos con mayor facilidad si comprendemos que una de las aspiraciones del Primer Ministro es la revisión de la Constitución de 1947, y más específicamente, del más representativo de los artículos de la misma: el 9, cuya pretensión pacifista es apoyada por amplias capas de la población. Ello, como es de esperar, también supone una incómoda tesitura para países como China, reacia a que Japón asuma un rol proactivo en lo militar, dado que, entre otras razones, la memoria de los crímenes perpetrados por el imperialismo aún sigue vigente, y el consenso histórico que conlleve a cambios sociales de envergadura se antoja aún distante. Una modificación del artículo 9, indudablemente, puede resultar una sacudida de importancia a las bases del Estado Japonés y su praxis, pues traería como consecuencia un cambio en el paradigma esencial de la geopolítica del archipiélago, hecho deseado por Abe, en tanto que él quiere ampliar las contribuciones de Japón hacia el panorama global (Edström, 29). No obstante, ¿por qué la vuelta de Abe al poder en 2012 suscitó inquietudes y expectativas en el extranjero?

El conflicto irresoluto de la Memoria Histórica vuelve a ser una pieza más del tablero: a pesar de los avances conseguidos durante la época de la crisis de los 90, aún con las limitaciones conniventes a las cautas declaraciones realizadas por las esferas del poder, dejamos constancia en la sección anterior de las manifestaciones de revisionismo histórico que se dieron como reacción a los pasos para reconocer los errores del imperialismo dados por Kono o Murayama. A Abe se le ha considerado un partidario de esta concepción revisionista: por ejemplo, él declaró, en referencia a los Juicios

de Tokio, que los sentenciados como criminales de guerra (Tōjō Hideki, por ejemplo) no podían ser considerados como tales desde una óptica japonesa, aludiendo al hecho de que los cargos imputados (“crímenes contra la paz” o “crímenes lesa humanidad”), se basan en ideas conformadas después de la guerra (Takahashi, párr. 16). Así mismo, en el año 2007, durante su primera y corta etapa como Primer Ministro, se distanció de la declaración Kono de 1993 al mostrar su rechazo al hecho de que se forzara a las mujeres de consuelo a ejercer la prostitución: “no hay evidencias que prueben que existió coerción, tal como se ha sugerido. Eso cambiaría en gran medida lo que constituye la definición de la palabra «coerción»” (Joyce, párr. 3). Por estas declaraciones, hubo de disculparse, mostrando su perfil titubeante en los aspectos históricos del país. Su posicionamiento será controvertido, incluso, para algunos miembros de su partido.

Un año antes de la polémica en torno a las mujeres de consuelo, el rival de Abe por la disputa del poder y Ministro de Finanzas de aquel momento, Tanigaki Sadakazu, 谷垣禎一, retaría a Abe a transmitirle al gobierno de China la responsabilidad de los militares en la Guerra del Pacífico en causar víctimas del pueblo japonés, chino y coreano: Abe rechazó la idea, arguyendo que ello suponía la división del pueblo japonés entre “militares” y “ciudadanos”; además, indicaría no disponer de las facultades para emitir juicios sobre el rol del archipiélago durante la Guerra del Pacífico (ctd en Edström, 40). Por otro lado, el primer ministro Abe definió su manera de entender el nacionalismo en la Cámara Baja a fecha del 2 de octubre de 2006: “El nacionalismo, tal como yo lo veo, es el sentimiento de pertenencia a la naturaleza, a los ancestros, a la familia y a la comunidad local... este sentido de pertenencia no es algo que se nos dice que tengamos, sino que es completamente natural y espontáneo” (ctd en Morris-Suzuki, *The Re-branding of Abe Nationalism*, 2). Su forma de percibir estas ideas podría compararse con esa forma de “nacionalismo positivo” de la Tsukuru Kai: de hecho, Abe mostrará su apoyo hacia la reforma del sistema educativo de la posguerra, mostrándose partidario de un proyecto basado en el patriotismo y la moralidad; no es de extrañar que, entre sus amistades, cuente con el apoyo de Hyakuta Naoki, 百田尚樹, negacionista de la Masacre de Nankín nombrado alto cargo en la emisora NHK por el propio Abe. Ambos, incluso, publicarán de manera conjunta un libro titulado *Nihon yo, sekai no mannaka de sakiokore*, 日本よ、世界の真ん中で咲き誇れ (Japón, siéntete orgulloso de ti en el centro del mundo), donde mostrarán sus coincidencias en el asunto educativo o la cuestión histórica (Shibata, 93).

Este perfil ideológico y político de Abe, percibido como un nacionalista, suscitará desconfianzas a nivel externo: si la pretensión del actual Primer Ministro es “romper con la posguerra” bajo el prisma de las connotaciones anteriormente notadas (revisión constitucional, proactivismo en el panorama internacional...), el articulista Xingjie le acusará de “querer volver al pasado de pre-guerra” (Xingjie, párr. 4), y le incriminará lo que según él constituyó un distanciamiento de la declaración condenatoria del militarismo realizada por Murayama, ya que el político japonés remarcó que, al haberse realizado este discurso en el marco contextual del 50 aniversario del fin de la guerra, el Gabinete Abe abogaría por una nueva declaración apropiada para el siglo XXI (Xingjie, párr. 10). No obstante, más tarde aceptaría a nivel discursivo las palabras dadas por el ministro del PSJ. Desde luego, la reelección de Abe Shinzō tras su breve período de servicio al país de 2006 a 2007, no puede entenderse en su plenitud sin tener presente el conflicto de la memoria: que la cabeza visible de la esfera ejecutiva e institucional de Japón y dotado de una facultad amplia para influir socialmente, debido a su calidad de representante del país, mantuviera tan buenos lazos con los grupos neonacionalistas suscitaba que, frecuentemente, se le preguntara acerca del rol japonés en la Guerra del Pacífico. Tal es el caso de una entrevista titulada *Japan is Back: A Conversation with Shinzo Abe*, en la que se le realizaría la siguiente cuestión en 2013, después de sus primeros meses en el poder:

[Entrevistador] Do you accept that Japan was the aggressor when it invaded China, when it invaded Korea and when it attacked the United States in World War II?

[Abe] I have never said that Japan has not committed aggressions. Yet, at the same time, how best or not, to define “aggression” is none of my business. That’s what historians ought to work on. I have been saying that our work is to discuss what kind of world we should create in the future. (Tepperman 5)

Como vemos en esta declaración, Abe acepta que Japón cometió “agresiones” (hecho que podría ser reconocido sin problemas por una amplia mayoría sin mayor resquemor, dado que es lógico pensar que un país cometa actos violentos en período de guerra), mas pretende distanciarse de calificar a su país como “el agresor”, en tanto que esto podría considerarse un posicionamiento de la memoria más afín al de los que condenan el papel de la invasión imperialista durante la Guerra del Pacífico: del mismo modo que en su discusión con Taniguchi Sadakazu, Abe parece limitar la Historia a una elaboración técnica, no democratizada, sin considerar que lo personal pueda ser político o que ese olvido, basado en una cierta relativización o acallamiento de la voz de las víctimas, también es una vía estratégica con la que se puede llegar a afrontar la cuestión del pasado, no muy diferente de la retórica mantenida en la posguerra. Por otro lado, esta manera de aferrarse al lenguaje y a las connotaciones de las palabras ha sido, generalmente, una técnica empleada por Abe a la hora de responder preguntas controvertidas: ello le permite, a mi entender, distanciarse de la versión de la Memoria a la que se opone personalmente, y, a la misma vez, mantener una tonalidad diplomática y prudente que le confiera la imagen pragmática que habitualmente se ha arropado la élite conservadora.

Lo cierto es que algunos, además de la clasificación de Abe como un político marcadamente nacionalista, han percibido en él un alma más moderada. Para el profesor Kenneth B. Pyle, por ejemplo, el oportunismo y el pragmatismo han sido las dos claves que han permitido a la clase política conservadora asentarse sobre el poder durante, prácticamente, todo el régimen de la posguerra (7). Esto ha provocado que a veces se puedan dar circunstancias en las que el discurso y la praxis se contrapongan irremediabilmente, o que las metas políticas establecidas puedan chocar las unas con otras en el afán de atrapar amplias redes de apoyo. Ello es explicable en tanto que el PLD es lo que se conoce en Ciencias Políticas como un *catch-all party* o partido atrapalotodo (Hendry 220), tal como prueba que, además de la presencia de heterógeneas fracciones en el seno del partido a nivel organizativo, Abe Shinzō, a la misma vez que mantiene su respeto por el Tratado de Seguridad con los EEUU, aluda a la necesidad de “abandonar el régimen de posguerra”, o que, por otro lado, argumente haberse disculpado sinceramente hacia los países asiáticos, pero a nivel interno, con el fin de contentar a las masas electorales más viradas al conservadurismo, defienda las visitas al Santuario Yasukuni. Es por eso que quizá este patrón de actuación, propio del desdibujamiento inherente a los partidos atrapalotodo, ha dificultado también la reconciliación histórica, en la que se requieren compromisos ideológicos o de actuación con menor atractivo inmediato para unas elecciones. Justo es decir también que, habiendo sido recientemente elegido, Abe contó con una tasa de aprobación del 70% en 2013 (Tepperman 2). Esto no significa, necesariamente, que su análisis histórico sea compartido por una amplia mayoría del pueblo japonés: el ratio de popularidad se debe más a la cuestión económica la cual, recordemos, es de enorme importancia en el juego de la política japonesa y la base del prestigio del PLD. Ante el desafío de recobrar la seguridad perdida de la década de los 90, el Gabinete se embarcó en un plan de reformas al que se ha dado el sonoro nombre de *Abenomics*, con el que se pretende hacer frente a la deflación y acometer un marcado estímulo fiscal, entre otras medidas.

Habiendo realizado este recorrido crítico por la figura del actual Primer Ministro, es preciso, del mismo modo, realizar unas acotadas menciones sobre las características de su Gabinete. Al final del apartado anterior sobre la Memoria Histórica en el Japón de la posguerra, mencionamos dos grupos con pretensiones de reavivar el nacionalismo: la Tsukuru Kai y Nippon Kaigi, sobre el que se prometió realizar las indicaciones precisas en la actual sección, debido a los lazos que unen a esta última con el gabinete de Abe y la explícita convergencia entre las ambiciones políticas del Primer Ministro y los postulados defendidos por la organización revisionista. Aproximadamente, en la actualidad, Nippon Kaigi cuenta con 38.000 miembros. Entre los inscritos a esta organización, que cuenta con altos empresarios y burócratas, existen figuras de reconocido prestigio en el PLD como Nakasone Yasuhiro, 中曾根康弘, (promotor de una visita a Yasukuni en 1985), Koizumi Jun'ichirō, el propio Abe o la exministra de Defensa Inada Tomomi, 稲田朋美, que dimitió de su puesto gubernamental el 27 de julio de 2017 (ver Hurst); en la actualidad, alrededor del 80% del gabinete de Abe tiene condición de miembro en Nippon Kaigi (Álvarez, Lunaklick y Muñoz, 36), lo que prueba la química existente con el poder ejecutivo. Resalto, además, que una asociación reivindicadora del pasado militarista de Japón pudiese haber apadrinado a una Ministra de Defensa, hecho que no deja de ser significativo por las atribuciones del puesto.

### **Praxis política y memoria histórica: visita a Yasukuni**

Una vez hemos analizado tanto el perfil biográfico e ideológico del Primer Ministro Abe como enunciado la relación existente entre el Gabinete electo en 2012 y la organización ultranacionalista Nippon Kaigi, a continuación indagaremos en la forma en que estas posturas en torno a la Memoria se traducen en una praxis política determinada, considerando que, al llegar al poder, ciertas posiciones individuales pueden verse reculadas o matizadas. Comenzaremos, entonces, con uno de los escenarios más vinculados a la cuestión de los crímenes de guerra: el santuario de Yasukuni y las visitas realizadas por diversos ministros al mismo, otro escenario de enfrentamiento entre una pluralidad contradictoria de memorias en disputa.

Realizando una recapitulación breve de lo anteriormente expuesto, ya sabemos que el santuario de Yasukuni se fundó en 1869 para honrar a los soldados del bando pro-imperial de las Guerras Bōshin, y que, en 1879 se destinaría para el culto a las almas de los caídos en el Japón Imperial. Por otra parte, ya en 1978, al añadirse 14 criminales de guerra tipo "A" condenados por los Juicios de Tokio a las almas de los soldados que combatieron por Japón, el Emperador Hirohito se distanciaría de los peregrinajes al templo. No obstante, a pesar la decisión personal del monarca, parte de la clase política no compartiría su iniciativa. El primer ministro de la historia de la posguerra en subvertir las visitas de carácter privado y realizar una asistencia oficial a Yasukuni fue Nakasone Yasuhiro en 1985, que, a diferencia de otras asistencias previas, firmó el libro de visitas con la inscripción "Primer Ministro Nakasone Yasuhiro" (Jameson, párr. 5), resaltando su condición como representante del Estado. Paradójicamente, su intención, enormemente conflictiva en la práctica, era la de dar cierre a los tabúes del Japón de la posguerra, hecho contrastable con las ya mencionadas pretensiones de Kishi Nobusuke o el propio Abe: ante las críticas, tanto a nivel doméstico por parte de partidos de la oposición y asociaciones, como externas por Pekín y Moscú, Nakasone declaró que, al no haber seguido protocolos shintoístas dentro del templo, no participó del servicio religioso (Jameson párr. 7). El primer ministro Koizumi, en su período de 2001 a 2006, visitó el santuario en repetidas ocasiones, principalmente y, de acuerdo al análisis de Mochizuki, por los beneficios electorales que ello le reportaba entre los sectores más azorados a la derecha (ctd en Delgado-Algarra y Estepa-Giménez, *El patrimonio como huella*, 4). Con respecto a Abe, él mostró su conformidad con que su predecesor siguiese esta política de peregrinajes habituales a Yasukuni. Por ello, al darse la constitución de

su gabinete a finales de 2012, se generaron incógnitas en torno a cuál sería el proceder de Abe en torno a esta cuestión. En la entrevista de Tepperman que citamos previamente, se le inquirió directamente sobre esto:

[Entrevistador] With all due respect, there are 13 Class A war criminals buried at Yasukuni, which is why it makes China and South Korea crazy when Japanese Prime Ministers go there. Wouldn't it be easier just to promise not to go?"

[Abe] I think it's quite natural for a Japanese leader to offer prayer for those who sacrificed their lives for their country, and I think this is not different from what other world leaders do. After Yasukuni enshrined the souls of the Class A criminals, China and South Korea did not make any claims about visits there for some years. Then suddenly, they started opposing the visits. So I will not say whether I will visit or refrain from visiting the shrine. (Tepperman 6)

Más allá de la calculada ambigüedad de Abe y su negativa a responder de forma directa a la pregunta, concebimos aquí dos aspectos importantes: la forma en que el Primer Ministro lee e interpreta el acto de la visita, y las razones que amparan su objeción a la coherencia de China y Corea del Sur. En el primer caso, encontramos un buen ejemplo de la disputa en torno a la interpretación de la carga memorística de Yasukuni: "a nivel local, los parlamentarios adherentes al PLD suelen ser más proclives a visitar el santuario y considerar que al hacerlo honran a los caídos, y quienes no pertenezcan a este partido suelen ser más proclives a oponerse al santuario y considerar que representa al militarismo" (Álvarez, Lunaklick y Muñoz, 38). En el primer caso, como dijimos anteriormente, es cierto que los países colonizados por Japón intensificaron sus críticas en la década de los 80 y los 90, según los vaivenes geopolíticos de la Guerra Fría se fueron atenuando y el contexto material posibilitó una actitud más estricta en torno al asunto de la Historia de Japón. Pero aunque pueda intuirse que hay cierto sabor de pugna geopolítica entre las confrontaciones del archipiélago con Corea y China, que consideran las visitas al templo como un acto provocativo, las estrategias llevadas a cabo por los Estados no deslegitiman en absoluto a las víctimas del imperialismo que, en el olvido, ven negado un derecho esencial a su reconocimiento. Entonces, tras esta muestra de vacilación en la entrevista, Abe terminaría por decidirse a realizar una visita al santuario el 26 de diciembre de 2013, a diferencia del período 2006-2007, en el que se abstuvo de hacerlo. Como era de esperar, el Ministerio de Asuntos Exteriores de China condenó rotundamente el acto declarando lo siguiente: "el Gobierno chino expresa su profunda indignación ante el pisoteo del Primer Ministro de Japón a los sentimientos de las personas de China y de otras víctimas de guerra" (McCurry, párr. 5). Por su parte, Abe declararí que sus oraciones mostraron los respetos correspondientes a las víctimas de la guerra fallecidas, añadiendo que "la visita a Yasukuni se ha convertido en un problema político y diplomático. No tengo intención de ignorar los sentimientos de las gentes de China y Corea del Sur" (Abe, *Statement by Prime Minister*, párr. 8).

Ciertamente, la postura de Abe encuentra apoyo en ciertos colectivos: Nippon Kaigi, de forma coherente con sus principios fundacionales, es abiertamente partidaria de mantener la asistencia de políticos a Yasukuni; también existen, además, colectivos en defensa del santuario. A nivel parlamentario el PLD, desde luego, será la agrupación política más fervientemente defensora del templo. Así mismo, un académico como el profesor Kevin Doak también mantiene cierta sintonía con la concepción del Primer Ministro, dado que, además de apoyar las visitas oficiales al templo (ver Doak, *A Religious Perspective*), se refiere a Abe como defensor de una modalidad de "nacionalismo cívico" y "democrático" (ver Doak, *Shinzo Abe's Civic Nationalism*). Además de la oposición de entidades extranjeras como China, Corea del Sur o incluso Estados Unidos, a nivel local, en Japón



se han dado casos de activistas hostiles a Yasukuni. Edström, por su lado, criticará que en el museo al interior del templo se desplegará una ausencia de remordimiento ante los hechos de la guerra (Edström, 44). A mi entender, resulta muy difícil desligar las visitas oficiales de un Primer Ministro a la institución de un posicionamiento político o una relación determinada con la memoria, sobre todo teniendo en consideración que el Partido Liberal Democrático, incluso más allá de las convicciones personales de los distintos miembros del gabinete de Abe, requiere de este acto para mantener satisfecha a una importante base de su apoyo electoral: en 2007, mismamente, recibió críticas de un conservador por abstenerse de realizar la visita (McCurry, párr. 3). El Primer Ministro podría verse en la tesitura de justificar sus posicionamientos controvertidos en ciertos gestos de su praxis política. Por ejemplo, el 14 de agosto de 2015, Abe realizó un discurso con motivo del aniversario donde trató de contentar las exigencias de diversos sectores con respecto al pasado. Después de indicar que su país fue el primero en tener un gobierno constitucional en Asia (Abe, *Statement by Prime Minister Friday, August 14*, párr. 2), añade que, en el período de la Gran Depresión donde el bloque occidental impulsó la economía a través del ejercicio colonial, la salud económica japonesa sufrió un revés (párr. 4) y que, con “el incidente de Manchuria”, seguido de “la retirada de la Sociedad de Naciones”, Japón tomó el curso equivocado y se embarcó en la guerra (párr. 7). Luego de esto, se referirá a diversas cuestiones:

Also in countries that fought against Japan, countless lives were lost among young people with promising futures. In China, Southeast Asia, the Pacific islands and elsewhere that became the battlefields, numerous innocent citizens suffered and fell victim to battles... We must never forget that there were women behind the battlefields whose honour and dignity were severely injured

... Incident, aggression, war -- we shall never again resort to any form of the threat or use of force as a means of settling international disputes. We shall abandon colonial rule forever and respect the right of self-determination of all peoples throughout the world.

Japan has repeatedly expressed the feelings of deep remorse and heartfelt apology for its actions during the war. In order to manifest such feelings through concrete actions, we have engraved in our hearts the histories of suffering of the people in Asia as our neighbours... Such position articulated by the previous cabinets will remain unshakable into the future.

In Japan, the postwar generations now exceed eighty per cent of its population. We must not let our children, grandchildren, and even further generations to come, who have nothing to do with that war, be predestined to apologize. Still, even so, we Japanese, across generations, must squarely face the history of the past...

En este caso, más que una disculpa en su nombre, podemos contemplar como Abe se ampara, con su habitual lenguaje prudente, en las declaraciones realizadas por anteriores gabinetes para legitimar la posición de la nación: “Japón ha expresado...”, como si todas las labores y deberes referentes a la memoria de la guerra hubiesen sido ya realizados. En añadido, indica que se perdieron numerosas vidas asiáticas y alude, ambiguamente, a las mujeres de consuelo en el discurso oficial; no obstante, también precisa que las generaciones venideras no deberían disculparse por una guerra que no experimentaron directamente. Pienso que el abandono de los gestos de disculpa de esta manera también casa con su idea de ruptura con “el régimen de posguerra”. A mi manera de entender el conflicto, la raíz principal del problema reside, tal como expuse al definir al PLD como un partido atrapalotodo, en la inconsistencia mantenida por los gestores de la memoria institucional. Yo lo llamaría, también, incoherencia discurso-praxis: ello conlleva que sus gestos, en lugar de dotarse de una significación material, caigan en la incoherencia o en meras acciones de

carácter protocolario. Por ejemplo, ¿cómo es posible lidiar con la contradictoria realidad de que Abe considere suficientes los gestos dados por el país a nivel estatal en materia de memoria, y él mismo sea un motor de empoderamiento de los grupos neo-nacionalistas, capaces de movilizar la agenda política o educativa, tan importante en la incorporación de las masas a la sociedad? ¿No es coherente pensar que un Gabinete formado en su práctica totalidad por miembros de Nippon Kaigi está lejos de representar una verdadera reconciliación? Quizá un paso más acertado y con mayor grado de significación, por ejemplo, sería menoscabar la influencia de grupos revisionistas a nivel estatal, no reconocer de manera oficial escenarios de memoria en donde se honre a criminales de clase A o no mostrarse tan vacilante ni realizar malabares lingüísticos a la hora de responder a preguntas referidas al pasado en disputa.

### **Praxis política y memoria histórica: revisión del artículo 9**

Es momento de sumergirse en el último apartado del trabajo refiriéndonos a uno de los aspectos más polémicos de Abe, que, en mi opinión, es de notoria importancia para comprender su pensamiento político y analizar con un ejemplo verídico lo que significa su prerrogativa de ruptura con el régimen de posguerra, de la cual la revisión del artículo 9 es un punto esencial. Sin embargo, antes de aludir directamente a la postura del gabinete en torno al contenido pacifista de la Constitución de 1947, procedamos a citar el artículo en cuestión y a realizar un recorrido breve por su devenir histórico:

ARTÍCULO 9. Aspirando sinceramente a una paz internacional basada en la justicia y el orden, el pueblo japonés renuncia para siempre a la guerra como derecho soberano de la nación y a la amenaza o al uso de la fuerza como medio de solución en disputas internacionales.

Con el objeto de llevar a cabo el deseo expresado en el párrafo precedente, no se mantendrán en lo sucesivo fuerzas de tierra, mar o aire como tampoco otro potencial bélico. El derecho de beligerancia del estado no será reconocido.” (Constitución de Japonesa de 1947. Art. 9, Capítulo 2.)

Tal como se describió en la sección de la Memoria Histórica y la posguerra, la interpretación inicial prohibió cualquier indicio de militarización o la posibilidad de lidiar una disputa internacional mediante un conflicto armado. Con todo, lejos de haberse mantenido una única interpretación del texto legal, esta se ha visto sustancialmente alterada según el criterio geopolítico que imperara en el momento histórico y de acuerdo a las características de adaptación, flexibilidad y oportunismo conniventes a la élite conservadora, que ha guiado sus acciones pretendiendo equilibrar la balanza entre su propia autonomía como actor y la defensa de una alianza firme con EEUU. Así, el primer ejemplo de esta postura oscilante en torno al Artículo 9 lo encontramos a partir de la Guerra de Corea (1950-1953), en la que la defensa individual de Japón fue reconocida. Esto desemboca, consecuentemente, en la creación de la Reserva de la Policía Nacional (1950) con el visto bueno de MacArthur y las SCAP, debido a un supuesto temor de que la URSS, en el contexto de la mencionada pugna entre las dos Coreas, iniciara una invasión armada de Japón penetrando a través de la isla de Hokkaido (Umeda 3).

En 1954, además, se crean las Fuerzas de Auto-Defensa (SDF). Reparar en los nombres de estos cuerpos no es baladí: entre los argumentos dados por el oficialismo para justificar el blindaje de las SDF se defendió que tal cuerpo, establecido para proteger al país de una posible agresión, no constituía un potencial bélico que contraviniese los principios del artículo 9 (Umeda, 4). Si bien en 1976 se aprobó un programa nacional de defensa que permitía a Japón lidiar con agresiones limitadas y a pequeña escala (González Pujol, 36), los límites de actuación previstos volvieron a ser

cuestionados durante la década de los 90: tras el derrumbe de la Unión Soviética, el contrapoder que con más vehemencia se enfrentó al dominio de los EEUU en el panorama mundial, y desaparecido el bloque del llamado “socialismo real”, el eje euroamericano señaló al terrorismo internacional como el principal factor de desestabilización de los países capitalistas. Así pues, en 1991 el gobierno del PLD recibió contundentes críticas de EEUU y Kuwait por su limitada participación en la Guerra del Golfo (1990) (Haas, 2). En respuesta, fue aprobada la ley conocida como *Law Concerning Cooperation for United Nations Peacekeeping Operations and Other Operations* (PKO), en la cual se avalaba la posibilidad de desplegar tropas de las SDF en el extranjero, previo consentimiento de la Dieta, siempre que fuese con el fin de participar en misiones internacionales avaladas por el Consejo de Seguridad en las Naciones Unidas (González Pujol, 37); también se permitió el uso de pequeñas armas bajo el estricto condicionante de que se realizara bajo motivaciones defensivas. No obstante, la ley en 1998 recibió una enmienda en la que se especificó que tan solo se abriría fuego en caso de que tal acción fuese autorizada por las órdenes de un superior (Umeda, 25). Durante el período del Primer Ministro Koizumi, el atentado del 11 de septiembre en los Estados Unidos llevó a que dicho país reclamase a su socio principal un posicionamiento explícito en la esfera global. La respuesta del PLD vendrá dada con la aprobación de la ley antiterrorista de 2001, que significó una nueva y controvertida interpretación del artículo 9: se declararían la constitucionalidad de un ejercicio intervencionista, ya no solo al amparo del Consejo de Seguridad de la ONU, sino también en respuesta de la petición de otras organizaciones internacionales. Además, en 2003, el gobierno de Koizumi concedió soporte logístico a las tropas norteamericanas durante la guerra de Irak.

Con respecto al gabinete de Abe establecido en 2012, al igual que en otros asuntos como la visita de Yasukuni, podemos afirmar que se ha seguido una línea continuista de las políticas y concepciones ideológicas de Koizumi. Coherente con su pretensión de romper con el régimen de la posguerra, el actual Primer Ministro reavivó el debate de la reforma constitucional. No obstante, advirtiendo que la correlación de fuerzas actual no le permitiría llamar a un Proceso Constituyente o siquiera ejercer una reforma del texto legal, en tanto que esto último requeriría la aprobación de dos tercios de la Dieta y el llamado a un referéndum popular donde podría darse una alta posibilidad de rechazo a la propuesta del oficialismo, se ha optado, con sagacidad política, por llevar a cabo un nuevo consenso interpretativo en torno al artículo 9. Esta nueva postura del gabinete de Abe en torno al texto legal fue defendida y oficializada el 1 de julio de 2014 a través de una declaración del Gabinete. Sin cuestionar la legitimidad de aportes llevados a cabo por los otros ministros históricos del PLD, que con frecuencia se apoyaron en el “negativismo judicial” de una Corte Suprema que no ha condenado ninguna de las interpretaciones dudosas del gobierno (Umeda 18), el Primer Ministro llevó un paso más adelante el desvincijado de los contenidos pacifistas del artículo 9 al permitir y declarar el carácter constitucional de la defensa colectiva, es decir, de la facultad de intervenir y participar activamente en guerras en las que estuviese involucrada una potencia aliada, so pretexto de que tal maniobra sería necesaria para promover los intereses de Japón y asegurar la paz, estabilidad y bienestar de sus habitantes. Veamos cómo comienzan las susodichas declaraciones, a través de las que el Gobierno de Japón reivindicó la última interpretación oficialista del artículo 9:

Since the end of World War II, Japan has consistently followed the path of a peace-loving nation under the Constitution of Japan. While adhering to a basic policy of maintaining an exclusively national defense-oriented policy, not becoming a military power... Japan has flourished as an economic power through continuous efforts of its people... Japan, as a peace-loving nation, has also been cooperating with the international community and international organizations including the United Nations (U.N.), and has proactively contributed to their activities... The course that

Japan has taken as a peace-loving nation has garnered significant praise and respect from the international community, and Japan must continue these steps to further fortify such a position... During the 67 years since the Constitution of Japan came into effect, the security environment surrounding Japan has fundamentally transformed... and Japan is confronted by complex and significant national security challenges. (Gobierno de Japón, párr. 1)

Las palabras del Gabinete de Abe, además de aludir a los “complejos cambios” del contexto internacional desde que la Constitución fuese promulgada, así como a los correspondientes desafíos que se han de afrontar por tal razón, reivindican, indirectamente, la doctrina mercantilista del país (“While adhering to a basic policy of maintaining an exclusively national defense-oriented policy... Japan has flourished as an economic power through continuous efforts of its people”) en cuyas bases, como hemos comprobado, se imbrica la retórica del crecimiento económico que constituyó el corpus de la nueva identidad nacional, consolidada a partir del milagro japonés y responsable de la pérdida de influencia de los postulados progresistas en torno al pasado. Así mismo, se valora la “respetabilidad” de Japón en tanto que potencia, por su grado de implicación en la ONU: hasta aquí, las claves subyacentes a esta perspectiva siguen el delineado del llamado “régimen del 55”, a saber: crecimiento económico, consolidación de la condición de potencia de Japón y eliminación de los tabúes subyacentes al militarismo. Por otro lado, específicamente en torno a la defensa colectiva, el oficialismo esgrime este razonamiento para acomodar su interpretación en el marco legal vigente:

To date, the Government has considered that “use of force” under this basic logic is permitted only when an “armed attack” against Japan occurs. However, in light of the situation in which the security environment surrounding Japan has been fundamentally transformed and continuously evolving by shifts in the global power balance, the rapid progress of technological innovation, and threats such as weapons of mass destruction, etc. [...] in the future, even an armed attack occurring against a foreign country could actually threaten Japan’s survival. (Gobierno de Japón, párr. 27)

De esta manera, el Gobierno declara la conveniencia de ejercer la defensa colectiva. Al referirse a las oscilaciones en el poder global, así como la transformación del ambiente de la seguridad nipona o el desarrollo de las armas de destrucción masiva, no cabe duda de que se alude a las naciones adversarias como China, rival principal en el dominio económico de la región y con la que se mantiene, además, la disputa territorial de las islas Senkaku/Diaoyu, o la República Democrática de Corea, que en el presente contexto ha experimentado enfrentamientos con el gobierno japonés por las pruebas de misiles en Pyongyang. A fin de cuentas, la lógica de acción basada en la amenaza externa no parece muy diferente de la Guerra Fría: toma de medidas preventivas y militarización creciente ante cualquier enemigo geopolítico que pueda atenuar el área de influencia de un país o su aliado. Cabría preguntarse si ya el artículo 9, más allá de la simbología o la popularidad de la que goza entre amplias capas de la población, se mantiene absolutamente distante de sus orígenes pacifistas, si no completamente desarticulado por las retorcidas interpretaciones a que se ha visto sometido. La tendencia de Japón parece que sea la de equipararse al vigor bélico y a la capacidad de interpretación de otras potencias, lo que puede reavivar llamas de tensión en la región: ya en el año 2015, con el actual gabinete en el poder, Japón ocupó el octavo puesto de los países con mayor gasto militar en el mundo (1% del PIB) (Perlo et al. 2), y, desde luego, las SDF constituyen a día de hoy “unas fuerzas armadas altamente modernas, profesionales y de capital intensivo, que pueden compararse de manera favorable a otros ejércitos regionales” (Haas, 2). Sin embargo, a pesar de ello, resulta evidente que la reinterpretación del artículo 9 conlleva un cambio sustancial en la historia del país, al ser este el más significativo de los símbolos del fin de la guerra: en este caso la memoria también sigue siendo esencial para comprender los conflictos subyacentes a la medida del gobierno de Abe.

Es por ello que, con las heridas sin cicatrizar provocadas por la memoria de la Masacre de Nankín, los centros de consuelo y la Unidad 731, China es reacia a cualquier tendencia de remilitarización del archipiélago. No obstante, más allá de las disputas exteriores, a nivel doméstico en Japón se han postulado grupos críticos con la revisión oficial: a nivel político, el Partido Socialdemócrata y el Comunista principalmente, y a nivel social, organizaciones como la Asociación de abogados para proteger la libertad de mañana, la cual ha denunciado la ilegitimidad de una revisión que no sea sometida a un proceso de enmienda (Manabe, 1), la juvenil y definida como antifascista Tokyo Democracy Crew!, o la Article 9 Association.

Así pues, como indicamos, las ideas de ruptura con la posguerra siguen ciñéndose a la influencia en la esfera global, la normalización del ejercicio militar y al crecimiento económico, más que el fomento de una memoria crítica e inclusiva: el PLD sigue siendo, a día de hoy, esa organización política de profundo carácter tecnocrático, defensora del desarrollismo de los 50. Cabría entonces preguntarse si, en lugar de romper con este período, lo que se está pretendiendo, a fuerza de olvido, es seguir una línea continuista en lo político y económico con este, para culminar lo que la clase dirigente no pudo hacer en los años inmediatos tras el fin de la guerra, debido a que el recuerdo de los horrores de la misma estaba incluso más vivo. Es posible que Abe esté buscando más apoyos para efectuar una posible enmienda en el futuro: quién sabe si Japón tomará un papel más activo en la región, de forma fiel a lo que ya desearan los Primeros Ministros Yoshida o Kishi Nobusuke.

## Conclusiones

Al realizar una revisión de los crímenes de guerra perpetrados por el imperialismo japonés en China, a partir de la invasión de Manchuria y, especialmente, desde la masacre de Nankín, se percibe que, bajo el prisma de una violencia estructural imperialista, arraigada en la discriminación étnica, de género y de clase, Japón, en tanto que potencia colonial, consolidó su papel de agresor en el gigante asiático. En estas claves podremos comprender cómo es posible que la deshumanización de los chinos llegara hasta tal punto que se cometieran multitud de asesinatos arbitrarios de prisioneros, se establecieran centro de prostitución donde se avalaran las violaciones a gran escala o incluso se realizaran experimentos con seres humanos (Unidad 731). Lo cierto es que los recuerdos de este conflicto siguen vigentes y resultan de enorme relevancia para comprender las lógicas y explosiones puntuales de tensión de Asia Oriental. Las razones de la viveza del conflicto de la Memoria Histórica, a mi juicio, se ubican en las vías de transición seguidas por la posguerra y el subsecuente establecimiento de un nuevo régimen político amparado en la Constitución del 47. Al constituirse un emergente proyecto nacional y con ello se hiciera imperiosa la necesidad de incorporar a la ciudadanía a un nuevo proyecto colectivo, el pasado afrontó la disputa entre dos candidatos a gestionarlo, antagónicos y bajo condiciones desiguales: una memoria oficial e institucional, abanderada por los diversos gobiernos conservadores, y una concepción en torno al pasado esbozada por sectores del mundo académico que abogaban no solo por una crítica revisión del mismo, sino que también apostaba por el arrepentimiento colectivo.

A partir de 1955, con la llegada del milagro económico japonés, la fase expansionista del capitalismo contribuyó a afianzar el prestigio del Partido Liberal Democrático debido a los aparentes éxitos del modelo nipón. Entonces, el grado de influencia del PLD promocionó un amplio consenso en torno al concepto de *kōdō seichō* como eje de la cultura nacional y base para la reconstrucción política del Estado. A diferencia de la historiografía progresista, que avalaba por el arrepentimiento para impulsar el motor del cambio social e incluso responsabilizaba al Emperador Hirohito de las

acciones tomadas en la Guerra del Pacífico, la clase conservadora, con enlaces al régimen anterior, entendió el año 1945 como un nuevo inicio, por lo que su mejor estrategia para dejar atrás los recuerdos del conflicto fue consolidar la condición de potencia de Japón para afianzar su prestigio internacional sin entrar en un debate sosegado del pasado. Para ello, a mi entender, fue necesario hacer uso del olvido y/o suavizado de los hechos ocurridos para afianzar la memoria institucional y hegemónica, como vemos, por ejemplo, en la exculpación de Hirohito (apoyada también por EE UU), la justificación de horrores al amparo de un contexto determinado, negando su excepcionalidad, o las críticas al cientificismo de los que pretendían realizar reflexiones en torno a los dolores causados en escenarios como Nankín al redactar los libros de texto. Sin haberse llevado a cabo el debate necesario e incluso bajo la perspectiva de la Memoria Histórica, a día de hoy, pareciera no haberse alcanzado un consenso convincente respecto al pasado, por lo que en torno a la perspectiva del mismo se producen avances y retrocesos de manera contradictoria, tal como sucedió en la década de los 90, en la que, recordemos, existieron tímidos progresos como la declaración Kono sobre las mujeres de consuelo o la disculpa de Murayama, que invitaba a abandonar el nacionalismo autojustificador. Hacia ellos, los colectivos neo-nacionalistas como la Tsukuru Kai o Nippon Kaigi reaccionaron a finales de los 90 con el objetivo de acabar con la “historiografía masoquista”: estos grupos, a pesar de no reflejar una opinión mayoritaria, sí que gozaban de recursos para influenciar en la política nacional y extender sus ideas.

En 2012, llega al poder Abe, un político con lazos ideológicos y de sangre con la élite política póst-1945, así como con la intención de, definitivamente, romper con el régimen de la posguerra desde el mencionado enfoque conservador. Conocidas eran sus buenas relaciones con los grupos ultranacionalistas, hasta el punto de que una gran mayoría de su Gabinete estaba conformado por miembros de Nippon Kaigi, o sus concepciones revisionistas en torno al pasado. A la hora de analizar la praxis de su gabinete y cómo estas ideas se traducen en medidas específicas, comprobamos que Abe ejerció una visita oficial a Yasukuni en 2013, lugar de memoria conflictivo, sobre el que el Primer Ministro, en un intento por despolitizar la acción, esgrimía el argumento de que aquel se trataba de un lugar donde honrar a los muertos del país, a pesar de las 14 placas de los criminales de clase A y lo que ello podía suponer para la memoria de las víctimas. No obstante, resulta dificultoso desligar la naturaleza política de la acción, debido a su posición como Hombre de Estado y por la importancia que este gesto tiene para determinados sectores de su electorado. Así mismo, aunque Abe pueda amparar su respeto por la pluralidad de víctimas y las voces disidentes de la memoria hegemónica en otros gestos como el discurso dado el 14 de agosto de 2015, hay una inconsistencia fundamental en torno a la gestión institucional de la memoria en Japón y cierta incoherencia discurso-praxis: ¿cómo es posible no pensar en el carácter meramente protocolario de este tipo de gestos si a la vez grupos marcadamente revisionistas y negacionistas tienen tal grado de influencia política o representación en la Dieta? Sería, a mi entender, más productivo menoscabar las facultades de grupos así, o, en lugar de “cosificar” la memoria y limitarla a meros gestos para contentar a nivel de relaciones bilaterales (lo cual fortalece el olvido), mantener un debate vivo y crítico en torno a la misma, que sea capaz de generar cambios colectivos y sociales, tal como parecían desear historiadores de la talla de Ienaga. Esto, a mi juicio, aportaría significativos avances al conflicto descrito en este trabajo. No obstante, por el momento, el gobierno de Abe parece continuar a través de la senda propuesta e inspirada por los históricos de su Partido: priorizar la ruptura con el régimen de posguerra revirtiendo determinados cambios perpetrados durante el 47 y afianzar el potencial de Japón en las relaciones internacionales a través de gestos conflictivos con su vecino chino como la reinterpretación del Artículo 9, enormemente popular entre la ciudadanía japonesa. Esto conlleva, aparentemente, a que la tendencia seguida en el conflicto de la Memoria Histórica

no recorrerá las vías de una adecuada resolución ni a nivel doméstico ni con los vecinos, al menos a corto plazo. En cambio, el gobierno de Abe significa un paso más en la normalización social de la influencia militar de Japón y en la perspectiva tecnocrática de ligar la autoestima nacional a una mayor proactividad en la esfera internacional, alejada de un debate vivo y participativo; por otro lado, su papel esquivo o contradictorio a la hora de emitir declaraciones sobre el pasado, entre lo polémico y lo protocolario, mantiene inestables los avances necesarios que requiere hacer el Estado, como representante simbólico del país, a la hora de reconocer el carácter imperialista y los crímenes del régimen que se mantuvo alineado con el Eje durante la Guerra del Pacífico.

## Bibliografía

- Abe Shinzo. *美しい国へ, Utsukushii kuni e* [Hacia un bello Japón]. Tokio: Bungei Shunju, 2006.
- . “Statement by Prime Minister Abe - Pledge for everlasting peace”. *Ministry of Foreign Affairs of Japan*. 26 de diciembre de 2013. Web. 28 de agosto de 2017. <[http://www.mofa.go.jp/a\\_orp/page24e\\_000021.html](http://www.mofa.go.jp/a_orp/page24e_000021.html)>
- . “Statement by Prime Minister Abe - Friday, August 14, 2015”. *Prime Minister of Japan and his Cabinet*. 14 de agosto de 2015. Web. 27 de agosto de 2017. <[http://japan.kantei.go.jp/97\\_abe/statement/201508/0814statement.html](http://japan.kantei.go.jp/97_abe/statement/201508/0814statement.html)>
- Álvarez, María del Pilar, María del Mar Lunakclick, Tomás Muñoz. “Los límites del perdón en las Relaciones Internacionales: los grupos a favor del Santuario Yasukuni en Japón y las tensiones políticas en el este de Asia”, *JANUS.NET*. Noviembre 2016-Abril 2017. Web. 21 de agosto de 2017. <<http://repositorio.ual.pt/handle/11144/2782>>
- Baer, Alejandro. “La memoria social: breve guía para perplejos”, *Memoria – política – justicia. En diálogo con Reyes Mate*, Madrid: Trotta, 2008. 131-148.
- Beasley, William G. *Historia Contemporánea de Japón*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- Bukh, Alexander. “Japan’s History Textbooks Debate: National Identity in Narratives of Victimhood and Victimization”. *Asian Survey*. Septiembre-octubre 2007: 683-704.
- Chapoy Bonifaz, Dolores. “El imperialismo japonés”, *Biblioteca Jurídica Virtual*, Instituto de Investigaciones Jurídicas UNAM.
- Constitución Japonesa de 1947. Art. 9, Capítulo 2.
- Delgado-Algarra, Emilio José. “Enseñanza de la Historia y construcción de la identidad en Japón: el papel de la política hasta mediados del siglo XX”, Molina, Sebastián, Ainoa Escribano y José Díaz, ed., *Patrimonio, identidad y ciudadanía en la enseñanza de las Ciencias Sociales*, Murcia: Ediciones de la Universidad de Murcia, 2016: 118-130.

- Delgado-Algarra, Emilio José y Jesús Estepa-Giménez. "El Patrimonio como huella de la Memoria Histórica: análisis didáctico de dos monumentos en España y Japón", *Clio*. 2014: 1-10.
- . "Memoria histórica y olvido en la enseñanza de la historia: los casos de Japón e Italia", *Didáctica de las Ciencias Experimentales y Sociales*. 2015: 119-133.
- Doak, Kevin. "A Religious Perspective on the Yasukuni Shrine Controversy". *Yasukuni, the War Dead, and the Struggle for Japan's Past*. Nueva York: Columbia University Press, 2008: 47-69.
- . "Shinzo Abe's Civic Nationalism". *Center for Strategic and International Studies (CSIS)*. 13 de mayo de 2013. Web. 28 de agosto de 2017. <<https://www.csis.org/analysis/japan-chair-platform-shinzo-abes-civic-nationalism>>
- Edström, Bert. "The Success of a Successor: Abe Shinzo and Japan's Foreign Policy", *Silk Road Paper*. Mayo 2017: 8-39.
- García Alonso, María. "La gestión social de las Memorias Históricas", *Revista de Instituto de Altos Estudios Europeos*, 2014: 1-13.
- Gluck, Carol. "The past in the present", *Postwar Japan as History*. California: University of California Press, 1993: 64-95.
- Gobierno de Japón. "Cabinet Decision on Development of Seamless Security Legislation to Ensure Japan's Survival and Protect its People (1th July 2014)". 1 de julio de 2014. Web. 27 de agosto de 2017. <[http://www.mofa.go.jp/fp/nsp/page23e\\_000273.html](http://www.mofa.go.jp/fp/nsp/page23e_000273.html)>.
- Gómez, Pedro Pablo. "La paradoja del fin del colonialismo y la permanencia de la colonialidad", *Calle14*. 2010: 29-38.
- González Pujol, Iván. "La evolución interpretativa del Artículo 9 de la Constitución", *Asiadémica*. 2014: 33-51. Web. 29 de agosto de 2017. <[www.raco.cat/index.php/asiademica/article/download/286843/375063](http://www.raco.cat/index.php/asiademica/article/download/286843/375063)>
- Haas, Michael. "Japan's Military Rebirth". *CSS Analyses in Security Policy*, 2014: 1-4.
- Halbwachs, Maurice. "Memoria colectiva y memoria histórica". *Reis*. 1995: 210-219.
- Hanazaki Kohei. "Ainu Moshir and Yaponesia: Ainu and Okinawan Identities in contemporary Japan". *Multicultural Japan*, Cambridge: Cambridge University Press, 2001: 117-135.
- Hayes, Louis D. *Introduction to Japanese Politics*. Armonk, Nueva York: M.E. Sharpe, 2005.
- Hendry, Joy. *Understanding Japanese Society*. Londres: RoutledgeCurzon, 2003.
- Hurst, Daniel. "Japanese defense minister to resign over South Sudan cover-up claims", *The Guardian*, 27 de julio de 2017. Web. 27 de agosto de 2017. <<https://www.theguardian.com/world/2017/jul/27/tomomi-inada-japanese-defence-minister-resign-south-sudan>>
- Ienaga Saburo. *The Pacific War 1931-1945: A Critical Perspective on Japan's Role in World War II*, Nueva York: Pantheon Asia Library, 1979.



- Jameson, Sam. "Nakasone's Visit to Wartime Shrine Criticized". *Los Angeles Times*. 16 de agosto de 1985. Web. 26 de agosto de 2017. <[http://articles.latimes.com/1985-08-16/news/mn-3020\\_1\\_official-visits](http://articles.latimes.com/1985-08-16/news/mn-3020_1_official-visits)>
- Joyce, Colin. "Japanese PM denies wartime 'comfort women' were forced". *The Telegraph*. 3 de marzo de 2007. Web. 26 de agosto de 2017. <<http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/1544471/Japanese-PM-denies-wartime-comfort-women-were-forced.html>>
- Manabe Noriko. "Uprising: Music, youth, and protest against the policies of the Abe Shinzō government". *The Asia-Pacific Journal*. Agosto 2014: 2-21.
- McCurry, Justin. "Japan's Shinzo Abe angers neighbours and US by visiting war dead shrine". *The Guardian*. 26 de diciembre de 2013. Web. 28 de agosto de 2017. <<https://www.theguardian.com/world/2013/dec/26/japan-shinzo-abe-tension-neighbours-shrine>>
- Morris-Suzuki, Tessa. "Truth, postmodernism and historical revisionism in Japan", *Inter-Asia Cultural Studies*. 2001: 297-305.
- . "The Re-branding of Abe Nationalism: Global Perspectives on Japan". *The Asia-Pacific Journal*. Jul. 2013: 1-6.
- Murayama Tomiichi. "Statement by Prime Minister Murayama on the occasion of the 50th anniversary of the war's end". *Ministry of Foreign Affairs of Japan*. 15 de agosto de 1995. Web. 24 de agosto de 2017. <<http://www.mofa.go.jp/announce/press/pm/murayama/9508.html>>
- Mizohata Sachie. "Nippon Kaigi: Empire, Contradiction, and Japan's Future", *The Asia-Pacific Journal*, Noviembre 2016: 1-19.
- Nakane Chie. *Japanese Society*. Londres: Penguin Books, 1970.
- Orreill, Kirsten. "Who Are the Ianfu (Comfort Women)?" *New Voices*. Diciembre 2008: 128-152.
- Perlo-Freeman, Sam *et al.* "Trends in World Military Expenditure". *Sipri Fact Sheet*. Abril 2016: 1-8.
- Pyle, Kenneth B. "Abe Shinzo and Japan's Change of Course". *National Bureau of Asian Research*. 2006: 6-9.
- Rodríguez Navarro, María Teresa y Rafael Serrano Muñoz. "La influencia del Bushidō en la Constitución Japonesa de 1889 y en el Edicto Imperial de 1890", *CELAP*. 2008: 621-635.
- Selden, Mark. "Barbaries de la guerra, memoria histórica y reconciliación en Asia- Pacífico". *Anuario Asia-Pacífico*. 2008: 459-470.
- Selden, Mark y Nozaki Yoshiko. "Japanese Textbook Controversies, Nationalism, and Historical Memory: Intra- and International Conflicts", *The Asia-Pacific Journal*. Julio 2008: 1-26.
- Shibata, Ria. "Japan's Identity Crisis and Sino-Japanese Relations", *Disasters and Social Crisis in Contemporary Japan*. Palgrave Macmillian: Londres, 2016: 81-103.

- Slater, David. "Social class and social identity in post-war Japan", *Routledge Handbook of Japanese Culture and Society*. 2011: 103-110.
- Tagsold, Christian. "The 1964 Tokyo Olympics as Political Games". *The Asia-Pacific Journal*. 2009: 1-7.
- Takahashi Kosuke. "Shinzo Abe's Nationalist Strategy", *The Diplomat*. 13 de febrero de 2014. Web. 19 de agosto de 2017. <<http://thediplomat.com/2014/02/shinzo-abes-nationalist-strategy/?allpages=yes>>
- Tepperman, Jonathan. "Japan is Back: A Conversation with Shinzo Abe", *Foreign Affairs*. Julio-Agosto 2013: 2-8.
- Umeda Sayuri. "Japan: Interpretations of Article 9 of the Constitution", *The law library of congress*. Sep. 2015.
- VV.AA., *Las religiones constituidas en Asia y sus contracorrientes II*, Madrid: Siglo XXI, 1981.
- Xingjie, Sun. "Shinzo Abe and the return of Japanese nationalism". *The Economic Observer*. 14 de mayo de 2013. Web. 28 de agosto de 2017 <<https://www.theguardian.com/world/2013/dec/26/japan-shinzo-abe-tension-neighbours-shrine>>.
- Yohei Kono. "Statement by the Chief Cabinet Secretary Yohei Kono on the result of the study on the issue of comfort women". *Ministry of Foreign Affairs of Japan*. 4 de agosto de 1993. Web. 24 de agosto de 2017. <<http://www.mofa.go.jp/policy/women/fund/state9308.html>>
- Yoshiaki Yoshimi. *Esclavas sexuales: la esclavitud sexual durante el Imperio japonés*. Barcelona: Ediciones B, 2010.
- Yoshimi Shunya y David Buist. "América as desire and violence: Americanization in postwar Japan and Asia during the Cold War". *Inter-Asia Cultural Studies*. 2003: 432-450.
- Zamora, José A. "Memoria e Historia después de Auschwitz", *ISEGORÍA*. Julio-diciembre 2011, 501-523.